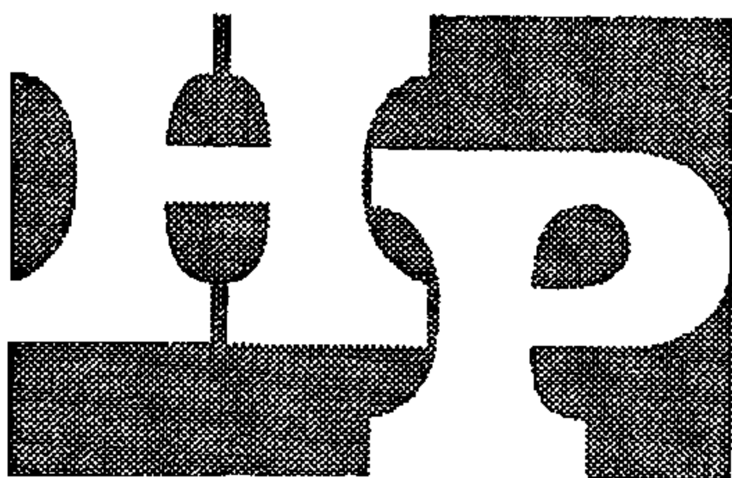
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
Héroes de la
PRADERA

Keith Luger

EL PASO DEL DIABLO





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

EL PASO DEL DIABLO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 88
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B 27954-1971

Impreso en España -Printed in Spain

2ª edición: agosto, 1971

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Hugh Mitchell observó al jinete que se acercaba hacia el desfiladero y una torva sonrisa arrugó su rostro patibulario.

—Ahí lo tenemos, Jim.

El llamado Jim tenía el sombrero sobre la cara y dormitaba apoyando las espaldas contra una roca de gran tamaño. Abrió los ojos y su mano aprisionó el rifle que estaba al lado. Se enderezó con un gruñido y fue adonde se hallaba apostado su compañero.

—Ya sabía que no tardaría en venir —dijo.

Hugh le dirigió una mirada furibunda.

—Claro, para ti, las veinticuatro horas que nos hemos pasado aquí no cuentan. Has estado todo el tiempo echado a la bartola.

—¡Sólo he dado unas cabezaditas, Hugh!

—Le diré al jefe que no quiero hacer ningún trabajo contigo.

—¡Pero, Hugh, no…!

—Cierra el pico. No quiero que el fulano se nos escurra, ahora que lo tenemos tan a la mano. Tienes la voz muy chillona, y te puede oír.

Los dos individuos guardaron silencio.

Hugh y Jim vigilaban desde lo alto de uno de los paredones lisos. Más abajo, corría un torrente de agua que se precipitaba vertiginosamente hacia un recodo, por donde desaparecía. Justo en la base de la pared de piedra, se alargaba una pequeña senda no más ancha que para permitir el paso de un hombre con su cabalgadura.

Los pensamientos que recorrían la cabeza de Hugh le devolvieron el buen humor.

—En mi vida me he cargado a un tipo de un modo más fácil.

Jim sonrió a su vez y lanzó una ojeada a la roca en que

momentos antes se había recostado. Una piedra que podía ser quitada con el pie le servía de cuña. Con sólo sacarla, el peñasco se vendría abajo, haciendo papilla lo que se le interpusiera.

—Sí, Hugh; será pan comido.

—Esta manera de hacerlo se lo debes a mi cabeza, Jim. Lástima que te empeñes en no aprender de mis mañas.

—Y por si falla —agregó Jim—, los rifles harán el resto.

—No fallará —gruñó Mitchell, y lo miró como a un insecto.

—No, Hugh —volvió a sonreír Jim—. Tú eres un gran tipo. ¿Te imaginas qué cara pondrá ése cuando vea el pedrusco que se le viene encima? Va a ser cosa de reírse.

—Cállate de una vez.

—Sí, Hugh.

El jinete entró en el estrecho cañón. Ahora acababa de desmontar y precedía al caballo tirando de las bridas. De pronto alzó la cabeza y miró hacia las alturas. Se detuvo un momento y escudriñó las rocas que coronaban el paredón en una actitud de duda.

Hugh Mitchell atisbo entre dos piedras y frunció el ceño.

—Parece como si lo oliera.

Jim apretó la cara contra la superficie de la piedra y observó al individuo con un solo ojo.

Era un hombre alto, de pellejo tostado por el sol. Parecía joven y fornido. El sol arrancaba destellos de los revólveres que colgaban de su cinto. La diestra cubría el mango de uno de sus «Colt».

—Dicen que tenemos un sentido que nos da un toque cuando se nos va a venir algo gordo encima —dijo Jim.

—Sea lo que sea, el fulano no se mueve y parece que con esos ojos de buitre está recorriendo pulgada a pulgada todos los recovecos del desfiladero.

—No me gusta nada.

—¡Eh, mira! Ahora empieza a moverse otra vez.

El hombre que tiraba del caballo se adentró en la senda de piedra viva. Después de un ligero titubeo, recobró el paso normal, cuidando de pegarse a la pared.

—A ese paso tardará lo menos diez minutos en quedar bajo de nosotros —se lamentó Jim en voz baja.

—Estamos todo el día asándonos, entre estas piedras —rezongó

Hugh—. Podemos soportarlo un poco más.

—Es que yo me muero por refrescarme la cabeza allá en el arroyo. Además, hace dos horas que no nos queda una gota de agua en las cantimploras. Ya te dije que yo bajaría a llenarlas.

—¿Y qué hubiera pasado si en ese momento aparecía el amigo? Lo que te digo, Jim. No tienes nada en la cabeza.

—Tienes razón, Hugh. Debe de ser este condenado sol. Parece que me achicharra hasta los huesos.

El hombre que viajaba al fondo se detuvo nuevamente.

Mitchell dijo entonces en un cuchicheo amenazador:

—¿Quieres no gritar tanto? Aquí las voces resuenan, aunque hables muy bajo. Como te oiga el chico, te tiro de cabeza al agua.

Jim asintió con tres movimientos de cabeza y quedó mudo como las piedras.

Durante unos minutos el silencio quedó únicamente interrumpido por el discurrir del agua y el choque de los cascos del animal sobre la senda de roca.

Jim se mordisqueaba una uña cuando súbitamente Hugh le dio un codazo en las costillas y le sacó de su abstracción.

Mitchell apretó los dientes para no soltar una maldición y por medio de gestos le indicó que se aproximara a la roca pendiente sobre el abismo.

El momento había llegado.

Jim obedeció, pero una de las botas pisó el cascajo y el sonido pareció amplificarse.

Mitchell apretó los dientes para no soltar una maldición en voz alta e instintivamente echó mano al revólver. Los ojos de Jim se agrandaron de temor, pero se tranquilizó al punto cuando Hugh le hizo señas con el cañón del «Colt». Añadió unos gestos más que indicaron a Jim que cuando bajara la mano sería la señal.

Las pupilas de Mitchell estudiaron la distancia que separaba al jinete del punto clave.

Hubo un momento de tensión que pareció ser percibido por el acechado.

Éste se hallaba bajo la roca.

De pronto, Hugh bajó la mano con fuerza dando la señal.

La bota de Jim golpeó la cuña que frenaba el peñasco.

El hombre que tiraba de la montura se detuvo instintivamente y

miró hacia arriba.

Lo que vio le arrancó de la garganta un alarido de terror y le desorbitó los ojos.

La enorme roca bajaba aullando acompañada de una lluvia de riscos.

El individuo trató de apretarse contra la pared, pero el tramo en que estaba no le ofrecía ningún abrigo: en una fracción de segundo cambió de plan y saltó para arrojarse a la corriente, pero ya fue tarde.

Él peñasco le atrapó de lleno, lo aplastó como un escarabajo, y después de arrancar parte del camino, se fue al fondo, donde levantó una gran columna de agua.

La corriente se tiñó por un instante de rojo, pero después de varios remolinos se reanudó sin dejar rastro de lo que acababa de suceder.

Hugh, con la cabeza asomada al abismo, sonrió lleno de satisfacción.

Jim se enjugó una gota de sudor que le resbalaba por la sien derecha haciéndole cosquillas.

—Infiernos, Hugh. ¿Viste la cara que ponía?

Mitchell soltó un escupitajo al torrente.

—Nunca recuerdo haberlo pasado mejor. Lástima que durara tan poco.

—Lo hizo picadillo antes de hundirlo en el agua. Creo que lo voy a soñar varias noches.

—Eres un idiota, Jim. Un condenado idiota. —Mitchell se incorporó al tiempo que agregaba—: En fin, trabajo rematado. Ya puede estar el jefe contento conmigo.

Jim se humedeció los labios.

—¿Qué te parece si ahora nos remojamos un poco? Estoy sudando por todos los poros y tengo la garganta que parece un ascua de fuego.

—Por fin has dicho algo con cordura. Vamos allá.

Jim se volvió a recoger el «Winchester» apoyado contra una peña y soltó un respingo.

—¡Diablos, Hugh! ¿Quién es ese fulano?

Mitchell dio la vuelta con presteza, levantando el rifle.

—¿Qué fulano?

Jim no tuvo que enseñárselo. Se hallaba a unos treinta metros de ellos y no les quitaba la vista de encima. A pesar de la distancia pudieron hacerse cargo de que era un joven de elevada estatura, ancho de hombros, de cintura estrecha y rostro anguloso.

—Acaba de llegar, pero lo ha visto todo —dijo Jim.

—Le cerraremos los ojos enseguida —respondió Hugh, e hizo fuego.

Al mismo tiempo, el joven alto se arrojó al suelo y el proyectil golpeó en un monolito del fondo, donde arrancó una nubecilla de piedra pulverizada.

Hugh Mitchell y Jim se arrodillaron al mismo tiempo para ponerse al abrigo de cualquier respuesta del aparecido, quien asomó el cañón del rifle.

Mitchell soltó una corta risita.

—Se cree que va a salir con bien de ésta. Pero le tenemos más atrapado que al de antes.

—¿Quién demonios será?

—También me lo pregunto yo. —Mitchell hizo bocina con las manos y alzó la voz—: ¡Eh, tipo listo! ¿Me oye?

Una voz bien timbrada dijo que sí.

Hugh gruñó y luego añadió:

—¿Quién eres, ojos de búho?

El hombre apostado entre las rocas contestó sin el menor titubeo:

—¡John Madox! ¡Y lamento no haber llegado a tiempo para evitar el asesinato!

Mitchell rió con fuerza.

—¡El nombre no me dice nada! ¿Sabes lo que te va a pasar por olfatear lo que no debes?

El joven no respondió.

Hugh añadió:

—Bien, Madox. Ahora lo verás —y disparó de nuevo—. ¡Te vamos a convertir en un colador!

El que se había presentado a sí mismo como John Madox no contestó al fuego, aunque Jim dejó caer el cuerpo al correrse hacia las rocas de la derecha con objeto de tenerlo más a tiro.

Mitchell permaneció en el sitio, con el ojo a través del punto de mira. Pensó que el fulano caería tarde o temprano, pero el fragor

del agua, allá en el fondo, le hizo sentir la necesidad de abreviar cuanto antes la situación para darse un buen baño.

—¡Bien, Madox! —exclamó—. ¡No sé qué diablos puedes hacer por estos contornos, pero que te vamos a agujerear tenlo por seguro!

—¡Cállese, pajarraco!

Mitchell no prestó atención a la interrupción y agregó:

—Sí, Madox. Estás con los hocicos enterrados entre cuatro guijarros que te cubren apenas. No tardaremos en dar cuenta de ti. Pero tengo prisa por acabar y voy a darte una oportunidad.

El joven permaneció callado, pero el cañón del rifle asomó una pulgada más.

Jim, entretanto, aprovechaba las pausas para colocarse en mejor posición.

Mitchell lanzó un escupitajo por el costado de la boca.

—Me basta con que saltes por la borda. Sí, Madox. Eso es todo lo que tienes que hacer. Estás a dos metros escasos del hueco y en un brinco puedes lanzarte al agua. Hay mucho fondo y puede que te rompas una pierna. Pero eso es siempre mejor que a uno le abran ventanas por todo el cuerpo a tiro limpio. ¿Qué te parece?

—Tiene usted un corazón de oro, hermano.

—Bien, ¿qué contestas?

Madox respondió con un pildorazo que voló el sombrero del asesino, lanzándolo al vacío.

Hugh vomitó una maldición.

—¿Es tu última palabra?

John Madox guardó silencio. Sus pupilas estaban fijas en el compañero del que acababa de hablar, que ahora se atrincheraba, dejando ver solo el orificio del rifle.

Entonces Mitchell se enderezó y su «Winchester» escupió una bala que rozó la oreja de Madox. Éste apretó el gatillo a su vez y el proyectil arañó una roca, haciendo carambola con la cabeza de Mitchell.

El sujeto se cubrió el rostro con las manos, trastabilló, y perdió el pie en el borde de la sima.

El chapoteo del agua indicó el fin de Hugh, lo que puso los pelos de punta a su compañero Jim.

Éste arrojó el rifle de pronto y empezó a correr por entre las

piedras como un conejo, presa del terror, sin ocuparse de guardar las espaldas.

Madox pudo balearlo fácilmente, pero se limitó a disparar un par de veces al aire. No obstante, Jim brincó como un loco y segundos después desaparecía.

Madox escuchó con claridad al poco rato el ansioso galope de un caballo que se alejaba.

Cuando la resonancia de los cascos, se perdieron en la lejanía, Madox permaneció todavía unos minutos con los oídos aguzados para descubrir la posible presencia de otro enemigo oculto, pero al fin, convencido de que en varias millas a la redonda no había nadie, salió de su escondrijo abriéndose paso entre los monolitos y rocas.

Se asomó por el mismo lugar donde cayera el forajido y vio solamente las impetuosas aguas discurriendo por el callejón de roca viva. De la persona asesinada no había rastro ni tampoco de su matador.

Retrocedió poco a poco y abarcó con la vista el extenso paisaje.

Las aguas del torrente perdían su fuerza unos cien metros más allá y formaban en las tierras bajas una gran extensión inundada que era el comienzo del río.

En los primeros remansos se amontonaban troncos, cañas y los residuos arrastrados por la corriente.

Madox detuvo la mirada en un punto que le llamó la atención y echó a andar en aquella dirección con paso lento.

Cerca de la orilla, el cadáver de un hombre oscilaba a los impulsos del agua.

Madox advirtió antes de acercarse que el cuerpo era el del forajido.

Poco más allá descubrió otro cadáver y comprendió que se trataba de la persona asesinada, a quien Madox no había visto.

El muerto estaba boca arriba, prendidas las ropas entre las ramas de un tronco podrido.

Madox calculó a la víctima unos cuarenta años. Por lo que veía, la roca le había matado en el acto. Tenía la ropa destrozada y había perdido una bota. En el bolsillo de la camisa se moldeaba un objeto pequeño y cuadrado.

Madox dedujo que se trataba de una cartera y se inclinó despasando el botón del bolsillo. Metió dos dedos y la saco,

examinando su interior con la esperanza de hallar algún documento que le diera alguna luz sobre la identidad del muerto, pero sólo encontró un papel doblado en dos veces que parecía una carta.

Lo desdobló con cuidado para que no se rompiera debido a la humedad y pudo leer un encabezamiento con tinta corrida por el agua que rezaba.

> «A la persona honrada que lea estas líneas después de mi muerte.
>
> »Si quiere conseguir una buena cantidad de dinero, siga mis instrucciones al pie de la letra.
>
> »Debe ir a Crossland sin pérdida de tiempo. Crossland se haya al otro lado de los montes Guadalupe y a cincuenta millas al noroeste de El Paso.
>
> »En Crossland debe usted hallarse sin falta el día once de agosto.
>
> »Crossland es un pueblo de cinco mil habitantes y tiene una pequeña estación de ferrocarril.
>
> »Usted se situará junto a una tapia medio derruida de la estación que da a una calleja llena de toneles viejos.
>
> »En un punto de la tapia verá una cruz hecha con yeso. Debe colocarse de espaldas a ella y entonces le será posible descubrir a cincuenta metros, al frente, el ala izquierda de un edificio cuadrado. Ande en aquella dirección y cuando llegue a la esquina del edificio cuadrado levante la cabeza. Encontrará una ventana abierta. Tiene que esperar allí hasta que sean las tres en punto de la tarde.
>
> »No lo olvide. Crossland. Once de agosto. Tres de la tarde.
>
> »P. D. Le recomiendo que destruya este papel después de hacerse cargo de su contenido. Suerte.

Madox releyó varias veces el contenido de la carta mientras en su entrecejo aparecían unos pliegues.

Luego, de acuerdo con las instrucciones del firmante, rompió en pedazos pequeños el papel y lo lanzó a la corriente.

Hecho esto, cogió un palo resistente y comenzó a cavar en la orilla.

Media hora después acabó la tarea de enterrar los dos cuerpos y se alejó de allí con el texto íntegro de la carta danzando en su cerebro.

CAPÍTULO II

La calle Mayor de Crossland aparecía desierta y el sol caía verticalmente arrancando destellos cegadores a la tierra blancuzca de la calzada.

John Madox se inclinó el ala del sombrero hacia delante y comenzó a caminar mientras sacudía el polvo adherido a su indumentaria.

El profundo silencio de la calle era interrumpido a intervalos por el chirrido de las cigarras.

Las casas eran construcciones de madera mal alineadas y ocasionalmente podía verse algún caserón hecho de piedras irregulares.

John anduvo en línea recta, procurando ampararse en las escasas sombras que proyectaban las edificaciones.

Oyó ladrar a un perro un par de veces, pero los ladridos se perdieron, absorbidos por la atmósfera caliginosa.

Al llegar a la mitad de la calle percibió los ronquidos de alguien que dormía la siesta. El individuo no estaba visible. Debía de estar detrás de cualquiera de aquellas múltiples persianas de cañas fabricadas toscamente.

Por el fondo de la calle avanzó rodando con lentitud un carromato. En el pescante parecía dormir un viejo. Poco después el traqueteo del vehículo se desvaneció y todo volvió a quedar tan silencioso como antes.

De pronto se abrió una ventana y alguien vació un balde de agua sucia que levantó en el polvo de la calle una espesa nube.

La ventana se cerró y Madox prosiguió su camino sin dejar de observar a su alrededor con los párpados entornados.

Llegó a lo que parecía la plaza mayor de Crossland, y advirtió

que parecía tan desprovista de vida como la calle que acababa de dejar. Sin embargo, pudo oír con claridad el punteo de una guitarra que sonaba como si su ejecutante estuviese a punto de dormirse.

Los edificios de aquel sector parecían más recientes y en uno de ellos un letrero rezaba con letras pintadas en blanco y rojo: Pacific Saloon. Unas casas más allá otro letrero decía: Telégrafos.

Madox quedó inmóvil en la esquina.

Súbitamente se escuchó el silbido de una locomotora, pero se apagó enseguida.

El joven se orientó por el sonido, cruzó la plaza y entró en una travesía.

A los cinco minutos de camino dobló una esquina y encontró un callejón. Se internó en él, vio por todas partes toneles viejos con las dudas desmontadas o rotas.

Entonces adquirió la seguridad de que se hallaba en el buen camino. Al llegar al fin a la calleja contempló una larga valla en ruinas. En los trechos que estaba más averiada dejaba ver parte de lo que debía de ser la pequeña estación del ferrocarril.

En aquel lado de la estación se hallaban algunos vagones de carga, vacíos, anclados mucho tiempo atrás a juzgar por la hierba que rebasaba los raíles. Más allá, una máquina semejante a una tetera enorme y sucia se movía adelante y atrás en maniobras.

Madox continuó a lo largo de la valla sin hacer caso de las bocacalles que quedaban a su derecha a medida que caminaba. Pero de pronto se paró en seco.

Una señal en forma de cruz, trazada en tiza roja, campeaba cerca de un agujero de la pared.

Casi instintivamente recorrió palabra por palabra lo que decía el mensaje del muerto:

> «Debe colocarse de espaldas a ella y entonces será posible descubrir a cincuenta metros al frente el ala izquierda de un edificio cuadrado».

Madox dio media vuelta delante de la cruz y miró a lo lejos.

Allí estaba el edificio cuadrado.

Distaría unos cincuenta metros y uno de los verticales apuntaba

en la misma dirección que se encontraba Madox. Éste emprendió la marcha pausadamente.

Hasta aquel momento, todos los detalles de la carta de Jourdan parecían ciertos. Lo que Madox no podía llegar a comprender era cómo iban a producirse las cosas para «conseguir una buena cantidad de dinero», tal como decía el mensaje. Por ningún sitio se veía ni oía a nadie. Aquella zona correspondía a la parte trasera de una hilera de casas y todas sin excepción carecían de salida por aquel lado. Más allá de la casa cuadrada se distinguía el brillo de las vías del ferrocarril que se perdían en la llanura.

Al llegar a la sombra de la casa cuadrada se clavó en la esquina y alzó la cabeza.

«Encontrará una ventana abierta», recordó el texto.

Observó con sorpresa que la única ventana de aquella parte estaba cerrada.

Bien, aquello no significaba nada de importancia. La ventana era sólo la señal para que se detuviera en aquel punto.

Miró a su alrededor y le fue posible ver entre dos vagones la esfera del reloj del andén.

Faltaban dos minutos y medio para las tres, de la tarde.

Madox sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente.

Lió un cigarrillo y lo prendió, aspirando una larga bocanada de humo.

Estudió el panorama al azar y de pronto se atragantó con el humo y escupió un par de veces.

La ventana estaba ahora abierta.

Notó que las sienes le palpitaban con violencia y consultó el reloj con un movimiento mecánico de la cabeza.

Las tres en punto.

De repente, los estampidos de varias armas de fuego resonaron como cañonazos en la quietud de la tarde.

Madox alzó la mirada hacia la ventana, percatándose de que los disparos se habían producido en el interior del edificio.

Desde allí partían voces y ruido de pisadas precipitadas.

Al mismo tiempo, todo el pueblo pareció llenarse de los más heterogéneos ruidos.

Varios perros ladraron furiosamente.

Por distintos lugares a la vez se escucharon los golpes de cascos

de caballo.

Hubo más disparos y dos mujeres comenzaron a chillar como coyotes.

Madox miró a derecha e izquierda esperando ver aparecer a los habitantes de Crossland en masa.

Pero inesperadamente algo cayó desde arriba y golpeó contra el suelo, a sólo dos palmos de su bota derecha.

Se trataba de un saco grande de dinero.

Al entrar en contacto con el suelo, se había abierto un poco dejando escapar algo de su contenido.

Madox contuvo la respiración.

Eran billetes de banco mezclados con monedas de cincuenta dólares.

La ventana seguía abierta, pero no se veía a nadie. Se agachó rápidamente y abrió la boca del saco, introduciendo el dinero.

Mientras, crecían a su alrededor las voces de alarma y se presentía la gente cada vez más cerca.

Las botas de un solo individuo que se adelantaba sonaron más cerca.

La locomotora partía en aquellos momentos con cuatro vagones.

Madox aferró la bolsa de cuero por la abertura, de modo que quedara bien cerrada.

Luego echó a correr en dirección a unos vagones detenidos al otro lado de la casa cuadrada.

Los disparos se sucedían por todas partes.

Varios hombres se esparcieron en abanico a través del andén de raíles.

Pero daban la espalda a Madox, en tanto éste se perdía entre los vagones aislados en distintas vías.

Atisbo por entre la separación de los vagones y vio al azar que bajo la ventana de la casa cuadrada se acababa de detener un hombre.

El individuo daba vueltas a su alrededor como si buscara un objeto perdido.

Llevaba en la diestra un revólver y el ala del sombrero le caía sobre los ojos.

Madox trató de percatarse de las facciones del individuo, pero no lo consiguió.

Únicamente pudo advertir en él una actitud de desencanto después de varios paseos por debajo de la ventana.

Luego se lanzó precipitadamente hacia las vías y se detuvo en la esquina. Desde allí vio alejarse el tren.

Madox dejó su punto de observación y se coló en uno de los vagones de carga. Entonces pasaron varios hombres hablando a grito pelado y se reunieron a corta distancia.

—No han dejado ni rastro —exclamó un tipo alto que empuñaba un rifle.

—¿Pudiste verle la cara a alguno, Harry? —preguntó otro.

—Infiernos, llevaban pañuelos negros que les tapaban casi los ojos.

—¿Cuánto crees que han podido llevarse?

—Todo. Han limpiado íntegra la remesa del Banco de El Paso.

—¡Cincuenta mil dólares!

El llamado Harry volvió a hablar de nuevo.

—Peor que se hayan cargado a Billy y a Spellman.

Madox observó por un intersticio del interior del vagón que cinco hombres permanecían pendientes de las explicaciones de Harry, al parecer testigo presencial de los hechos.

—Ha sido una pesadilla —continuó Harry—. Parecía todo tan tranquilo y de repente entraron en la sala cinco individuos enmascarados.

—¿Cómo pudieron hacerlo si estaban Bill y Spellman en la puerta de vigilancia?

Harry se retorció el botón nerviosamente.

—Aprovecharon que Spellman entró un momento a echar una ojeada. Entonces debieron golpear detrás de la oreja a Billy. Oímos un gemido y Spellman salió a toda prisa. Fue cuando le enviaron una rociada de plomo, Spellman cayó y se colaron cuatro a hacer la limpieza.

Se produjo un breve silencio.

Todos volvieron la cabeza al lugar del asalto.

—Allí está el *sheriff* —señaló Harry.

Un hombre de unos cuarenta años, de aspecto vigoroso y bigote de puntas largas, se acercaba a paso vivo.

—Hay que darse prisa, muchachos. Estoy seguro de que uno de los asaltantes, por lo menos, está todavía en estos lugares.

¡Registrad hasta las piedras!

CAPÍTULO III

El representante de la ley dio órdenes y la batida empezó a un ritmo vertiginoso.

Los pasos resonaron precipitados sobre el pedregullo de la estación y las voces de mando que profería el *sheriff* para organizar a los que colaboraban parecían ladridos.

De pronto se oyó un grito de alarma y los encargados del registro acudieron con las armas en ristre.

—¡Ahí está, *sheriff*! —apuntó un individuo con el rifle e hizo fuego.

La autoridad de Crossland gritó con fuerza:

—¡Haceos con él sin tocarle un pelo! ¡Lo quiero vivo por encima de todo! ¡Eh, vosotros, dad un rodeo!

Sonó un estampido y alguien aulló.

—¡Cuidado, el tipo quiere vender cara la piel! ¡Me ha largado un plomo!

Se produjeron ocho disparos más.

Hubo unos instantes de confusión.

—¡Por ahí, corre! —chilló Harry.

Los perseguidores pudieron ver a un individuo de largas piernas que correteaba de vagón en vagón, deteniéndose lo preciso para obsequiar con una bala al que le pisara los talones.

El fugitivo estuvo a punto de despachar a dos de los que le alcanzaban y entonces alguien perdió el control e hizo crepitar el rifle repetidas veces.

El perseguido recibió los impactos en varios movimientos convulsivos, se dobló por el abdomen y luego se desplomó cara al suelo.

Madox aprovechó la circunstancia de que un resquicio le

permitió ver al caído y llegó a la conclusión de que el hombre era el mismo que llegó poco después que él a la ventana de la casa cuadrada.

Al parecer, el fulano había seguido un camino semejante al de Madox y había buscado escondrijo también en los vagones.

Las maldiciones del *sheriff* se oían por encima de todas las cabezas de sus colaboradores.

—¡Os dije que lo quería vivo! ¿Quién ha sido el estúpido que le ha llenado de plomo?

Al ser varios los que habían hecho uso de las armas no se pudo aclarar nada.

El representante de la ley recomenzó a dar instrucciones y se continuó la inspección para cerciorarse de que todo estaba tranquilo.

Madox, se dejó caer contra los sacos de habichuelas y soltó el aliento contenido, descansando las piernas sobre unos cajones de nitrato, y de pronto experimentó un sobresalto.

—Echa un vistazo a ese vagón —dijo una voz desde el exterior.

El que había hablado continuó su camino.

—Con mucho gusto —rió su compañero, y subió un escalón del vehículo.

Madox rodó por encima de la carga y se ocultó precariamente detrás de un cajón.

En la penumbra brilló el revólver del recién llegado.

El sabueso pasó tan cerca de Madox que le rozó la manga, pero no llegó a verlo.

Madox comprendió que al dar la vuelta para salir, los ojos penetrantes del individuo lo descubrirían, y antes de que sucediera esto, le dio un golpe en la cabeza y lo desmayó.

Madox tomó al sujeto por los sobacos y lo arrastró hacia el fondo del vagón. Lo puso cómodo sobre los sacos y luego se agazapó junto a la puerta, a la expectativa de los hechos.

A fuera se daba ya por terminada la inspección.

El *sheriff* y los que le acompañaban se reunieron en el centro de la maraña de raíles, rodeando el cuerpo del muerto.

Todos expresaron su opinión de que era desconocido en Crossland y cada cual aportó su propia versión de por qué no había huido de los asaltantes.

De repente, un largo grito de alarma corló en seco los comentarios.

—¿Qué pasa, Humphrey? —interpeló el *sheriff* a un pelirrojo.

—¡Por allá, *sheriff*! ¡Otro tipo más!

Todas las cabezas se volvieron bruscamente hacia donde señalaba Humphrey, al tiempo que corría rifle en mano.

Madox atendió también hacia aquel lugar y pudo ver a un individuo que acababa de salir tranquilamente de un vagón y se desperezaba a la puerta. Era un tipo rubio, carirredondo y más bien bajo de estatura.

El tipo en cuestión parpadeó varias veces al oír las voces y entornó los ojos para cerciorarse de lo que veía. Al comprobar que aquella turba armada hasta los dientes iba en su busca, cambió la pacífica expresión de su cara por la de la liebre acosada en su misma madriguera y dio un salto.

El *sheriff* aulló con todas sus fuerzas sacando a relucir su «Colt»:

—¡Por todos los infiernos! ¡A ése sí que lo quiero vivo! ¡Mucho ojo con darle gusto al dedo!

El rubio, obedeciendo a su instinto de conservación, salió disparado dejando un rastro de polvo al meterse entre los vagones.

—¡Detrás de la locomotora vieja! —chilló Harry.

—¡Maldición! —rugió el *sheriff*—. ¡No ha de escaparse!

Un tipejo de cara larga corrió codo a codo junto al *sheriff*.

—¡Tendremos que agujerearle una pierna cuanto menos! —dijo.

El representante de la ley puso una rodilla en el suelo e hizo fuego para intimidar al fugitivo.

—¡Bien, pero cuidado con tocarlo de mala manera!

El rubio hizo gala de una agilidad insospechada. Trepó por la pared de un vagón, subió al techo y después de recorrerlo a cuatro patas, dio un brinco alcanzando un vagón vecino.

Los proyectiles siguieron su rastro buscándole las piernas.

El fugitivo, después de recorrer los techos de los varios coches, se lanzó al vacío y desapareció en el muelle.

El *sheriff*, presa de las furias, se lanzó en pos del hombre, en tanto increpaba a los demás.

—¡Condenación de condenaciones! ¿Es que si no le dejáis seco no podéis apresarlo? ¡Vamos, rodead el muelle!

Madox aprovechó el alejamiento de los persecutores y saltó de

su escondrijo con la bolsa del dinero fuertemente sujeta.

Avanzó aprovechando los obstáculos que lo ponían fuera del alcance de la vista del *sheriff* y sus acompañantes y logró llegar, sorteando vagones, junto a la valla de la estación.

Estaba situado de modo que, para abandonar aquellos lugares sin ser visto, tenía que pasar frente al muelle donde se concentraban todos. Cubrió una buena distancia y al llegar a un espacio descubierto, esperó el momento propicio detrás de una pila de toneles. Cuando se presentó la oportunidad, voló hacia unos matorrales, ya fuera de la estación, donde se ocultó entre la hierba que lo cubría perfectamente.

Buscó a su alrededor una madera para abrir un agujero en la tierra, pero sólo encontró un clavo oxidado, de los empleados para sujetar los raíles. Bien, resultaba algo corto para manejarlo, pero le serviría.

Lo hundió en la tierra y comenzó a excavar un hoyo de unos dos palmos de anchura. Antes de seguir adelante, calculó si entraría el saco y luego siguió con ahínco.

En aquel momento se redoblaron las voces de los perseguidores.

Madox interrumpió su tarea y alzó la cabeza por encima de los tallos de hierba procurando no ofrecer blanco a las miradas.

El rubio perseguido corrió como un conejo viendo enemigos por todas partes y detuvo su carrera en medio de un claro sin saber por dónde escapar.

Se fue formando un cerco alrededor de él, pero el fulano partió hacia la salida de la estación con los otros cerca de sus talones.

—¡Casi es nuestro, *sheriff*! —exclamó Harry algo divertido por la persecución.

La exclamación pareció enloquecer al rubio, quien imprimió a las piernas unos movimientos que escapaban a la vista.

Un tipo fornido se le interpuso en el camino con los brazos abiertos.

El rubio contoneó el cuerpo y escapó por milímetros de las garras del hombrón.

Casi al mismo tiempo, tres hombres más le salieron al encuentro y el fugitivo, como movido por un extraño resorte mecánico, dio media vuelta en el aire y retrocedió.

—¡Cuernos sagrados! —exclamó el *sheriff*—. ¡A por él! ¿Qué

diablos os pasa hoy? ¡Tomadlo de una vez!

Un tipejo menudo se lanzó a las piernas del acosado individuo, pero éste le largó un puntapié y se escapó en una dirección inesperada.

Entonces Harry soltó la cuerda que agitaba por encima de su cabeza, y el lazo, después de pasear por todo el cuerpo del rubio, fue a cerrarse en una de sus piernas.

El hombre cayó de bruces y casi al mismo tiempo cuatro de los sabuesos se lanzaron sobre él.

—¡Yo no he hecho nada! —chilló bajo la montaña humana.

El representante de la ley se acercó prestamente.

—¡Por fin te hemos echado el guante! —exclamó con furia—. ¡Bien, muchachos, ponedlo en pie!

El rubio fue incorporado a la fuerza.

Tenía la cara sucia de una mezcla de polvo y sudor y la intensa rojez de las pecas le daba aspecto de un tomate maduro.

—¡Suéltame! —rogó—. ¡Les juro que no he hecho nada malo!

El *sheriff* acercó el rostro al del hombre, de modo que quedaron distanciados cosa de un palmo.

—Conque nada, ¿eh?

—¡No, *sheriff*! ¡Soy uno de esos tipos que no se mete nunca en líos!

—¿Es que vas a negar que eres de la banda?

—¿Banda? —El rubio abrió los ojos—. ¿De qué banda está hablando?

El *sheriff* apretó los puños.

—¡Maldita sea, como quieras tomarme el pelo…!

—¡No quiero tomarle el pelo, *sheriff*…!

—¡Claro que no! —El representante de la ley lo aferró por el cuello de la camisa—. El hombre no es de la banda y seguro que no sabe nada del atraco.

—¡*Sheriff*, no sé nada de ningún atraco! ¡Puedo jurarle mil veces que estaba durmiendo dentro de aquel vagón!

—Conque durmiendo, ¿eh?

—¡Cierto, *sheriff*! ¡Me desperté sobresaltado al ver que mi viaje había terminado y yo sin enterarme!

El representante de la ley hizo una mueca.

—Bonito cuento nos está largando.

—¡Le estoy diciendo la verdad, *sheriff*!

El hombre de la estrella de metal interrumpió al detenido con un gesto brusco y se dirigió a los que le sujetaban.

—Llevadlo a mi oficina. Dentro de quince minutos cantará de plano. ¡Vamos, andando!

El aprehendido fue puesto en marcha a empellones a pesar de sus gritos de protesta.

Cuando la autoridad de Crossland continuó dando órdenes a los que se alejaban, Madox acabó de enterrar el saco en el agujero. Apretó la tierra con el puño y luego puso encima una piedra en forma de huevo para que le sirviese de señal.

Después se deslizó por entre las hierbas con las espaldas encorvadas en busca de la salida del matorral.

Un par de veces alzó la cabeza comprobando que se había alejado de la estación, aunque todavía podía ser visto, por tener al fondo un espacio abierto.

Apretó el paso y, al llegar a un ligero desnivel del terreno, constató que, a pesar de que moría allí la espesa vegetación del matorral, podía incorporarse en toda su estatura, sin peligro de que descubrieran su presencia.

Más allá pisó en un terreno blando y llano, ubicado en la parte trasera de una casa, notando con cierta sorpresa que sus botas se hundían casi un palmo en la tierra.

Una voz femenina rasgó la atmósfera y lo hizo frenar en seco.

—¡Salga de ahí, estúpido! ¿Es que está ciego? ¡Me está pisando el sembrado!

John Madox dio media vuelta y, a pesar de los diez metros que los separaban, vio que estaba ante una mujer de extraordinaria belleza.

CAPÍTULO IV

La joven emitió un gemido, llevándose las manos a las sienes.

—¡Oh, por todos los santos! ¡Salga de ahí…!

Madox, desconcertado, dio unos pasos inseguros a su alrededor.

Ella se cubrió la boca con el dorso de la mano.

—Pero ¿qué hace? ¡Lo va a destrozar todo! ¡La simiente recién plantada! ¿No tiene ojos…? ¡Váyase!

Madox envaró toda su estatura.

—¿Por dónde?

La muchacha apretó los puños.

—¡Por el aire…! ¡Oh, deje de pisotear de una vez con esas botazas de siete leguas!

Los gritos de la mujer resonaron en medio de aquel llano de tal modo que, por un momento, John temió que llamara la atención.

—¿Por qué no baja la voz, muchacha?

—¡Santo cielo! ¿Que baje la voz…? ¡Van a oírme hasta en el pueblo…! ¡Salga de ahí, pasmado!

Madox extendió las manos en un gesto apaciguador.

—¡Ya voy! Pero, por favor, no chille… La oigo perfectamente.

—Conque me oye, ¿eh…? Y bien, ¿por qué no se quita del sembrado? ¿O es que quiere que lo saquen de ahí en volandas?

—¡Un momento! ¡No es necesario que chille tanto!

Ella apretó los, labios.

—¿Quién es el que chilla…? No hago más que decirle que salga y usted se limita a bailarme un rigodón encima de las simientes… ¡Me va a arruinar!

Madox comenzó a brincar en distintas direcciones, buscando la salida de aquel atolladero, pero la joven soltó gemidos y exclamaciones a cada paso.

De pronto, por una de las esquinas de la casa apareció resoplando un sujeto rechoncho y forzudo.

—¿Qué ocurre, señorita Very?

Ella señaló con los ojos fuertemente cerrados al individuo que chapoteaba en el sembrado.

—¡Mira eso, Tom!

El forzudo, de nombre Tom, achicó sus ojos porcinos y cuando dio con la imagen del desconocido, parpadeó varias veces, incrédulo.

—¿Qué es eso, señorita?

La joven llenó el pecho de ira.

—¡Sácalo de ahí!

Tom dejó caer la mandíbula inferior.

—Lo saco, ¿eh?

La señorita Very pegó en el suelo con un pie.

—¡Eso he dicho! ¡Quítame ese espantapájaros del campo! ¡Si sigue pegando esos saltitos nos dejará en la miseria!

Tom exclamó un rugido.

—Voy allá —dijo, y arqueó los brazos.

—¡Vamos, Tom! ¡Menéate…!

El empleado de la señorita Very se lanzó en dirección al sembrado.

—Bien, señorita. Y verá cómo de paso le retuerzo el pescuezo por meterse en casa ajena.

Madox vio cómo el hombre cruzaba el camino que señalaban unas piedras blancas puestas en hilera, y se quedó esperando con las piernas abiertas.

Tom, conocedor del terreno, puso los pies con acierto en los lugares en donde no estropeaba nada y se detuvo a pocos metros del joven.

—¡Vamos, berzotas, alargue el remo hasta esa piedra y salté hacia aquí!

Madox contempló la piedra puntiaguda que le señalaban y calculó que sería un milagro pudiera sostenerse para dar el salto. No obstante, lo intentó, pero lanzó un respingo al notar que el guijarro se hundía en la tierra y perdía el equilibrio.

Cayó de espaldas y tanto la señorita Very como Tom unieron sus gritos al verlo medio hundirse en la tierra cultivada.

Tom soltó un rugido de indignación y, perdidas las precauciones, se metió también en el cultivo incorporando al forastero violentamente por el cuello de la camisa. Le pegó del revés con la zurda y lo zarandeó con fuerza como si quisiera arrancarle la cabeza de los hombros.

Entonces ocurrió algo inesperado para Tom.

El joven se defendió de la agresión soltándole un puñetazo corto en el mentón.

—De modo que quieres jaleo, ¿eh? —Tom soltó la presa y se pasó el dorso de la mano por la parte golpeada.

—Ha hecho mal en pegarme —dijo el joven—. Yo saldré por mi propio pie.

La boca de Tom se torció en una mueca.

—No será necesario —gruñó—. Ahora me encargo yo de sacarle a rastras.

Madox escupió un poco de tierra que se le había introducido en la boca.

—Le repito que no intente tocarme.

Tos se humedeció las palmas de las manos con saliva.

—Cuando te de el primer puñetazo saldrás por el aire y caerás fuera del sembrado. Será el único modo de que dejes de aplastarlo todo.

Mientras decía esto, Tom salió disparado a una velocidad incompatible con sus cortas piernas, y al llegar ante el forastero, ya llevaba el puño derecho por delante.

Madox se apartó a un lado y aprovechó el paso del sujeto para empujarlo por el cogote.

Tom, al recibir el nuevo impulso, se adentró incontroladamente en el sembrado y al fin perdió la vertical, abriendo una larga zanja con su corpachón.

La muchacha, al ver los destrozos, se llevó una mano a la boca para contener un grito.

Tom se incorporó gruñendo, enfrentándose de nuevo a su contrincante.

Los dos hombres cambiaron una serie de golpes cortos, y por un momento vio que el paisaje se emborronaba ante sus ojos.

Sacudió la cabeza para aclarársela mientras retrocedía y desorganizaba los surcos del terreno.

—¡Por favor! ¡No! —exclamó la muchacha con los ojos abiertos como platos—. ¡Van a llenarlo de agujeros!

Los dos contendientes se enzarzaron en un violento cuerpo a cuerpo y de pronto cayeron en mitad del cultivo, levantando una cortina de tierra ante la vista de la joven.

John y Tom dieron varias vueltas uno encima de otro, trabados fuertemente y de esta forma fueron saliendo del cultivo en dirección a la acequia.

De repente los dos cuerpos rodaron por la orilla y cayeron en medio del cauce, levantando columnas de espuma.

Madox nadó en contra de la corriente, apenas repuesto de la sorpresa del inesperado chapuzón y vio un poco más allá a Tom, que braceaba y resoplaba soltando un chorro de agua roja por la boca.

El empleado del rancho logró al fin agarrarse a unas matas de hierba que crecían en la orilla y pataleó para mantenerse a flote, sin atreverse a soltarse.

Madox ganó la orilla de enfrente y salió fuera del agua.

Se puso en pie con las ropas chorreando y comenzó a andar hacia la casa.

La muchacha levantó la cabeza que sostenía entre las manos y al verlo acercarse se puso en pie como si le hubiese picado una avispa.

—¡No se acerque! —exclamó con la mirada cargada de furia.

Madox se detuvo a dos pasos de ella y escurrió el sombrero retorciéndolo entre sus manos.

—Bien, sólo quería decirle que siento lo que ha pasado.

—De modo que lo siente, ¿eh?

—Puede creerme. —Madox se sacudió el oído para quitarse el agua de dentro—. Ese montón de carne a sus órdenes no debió propasarse con los puños.

La señorita Very aspiró el aire con fuerza.

—¡Usted ha tenido culpa de todo!

—Lo peor ha sido la segunda parte. La lucha ha hecho estragos.

Ella adelantó unos pasos de modo que quedó más cerca del desconocido. Apretó los labios.

—Me hubiera gustado verlo convertido en picadillo, ¿sabe? ¿Quién le mandó meterse en estas tierras?

Madox sacudió la cabeza.

—No ha sido por propia voluntad. Andaba algo desorientado.

La muchacha emitió una corta risa de sarcasmo.

—Algo despistado, ¿verdad? ¡Yo hubiera asegurado que iba sonámbulo! Me gustaría saber qué es lo que llevaba dentro de la cabeza para no ver dónde se metía.

—No me di cuenta de que estaba sembrado.

—Con las mismas podía haberse ido de cabeza a la acequia. ¿Por qué no lo hizo? Habría sido lo ideal. ¡Usted necesitaba refrescarse para sacudir la modorra!

En aquellos instantes se aproximó Tom rezumando agua sucia.

El baño le había hecho perder la agresividad, pero permaneció a la espera de las órdenes de su ama.

—¡Basta, Tom! —ordenó ella—. ¡Ya han hecho bastante daño los dos!

Tom se hurgó en los bolsillos con el entrecejo fruncido y después de varios intentos sacó una rana que arrojó a la acequia.

—Bien, señorita Very —gruñó—. Pero no va a dejar esto así.

Ella volvió la cara furiosa hacia el joven.

—¡Seguro que no! —dijo—. ¡Va a pagarme los daños!

Madox carraspeó un par de veces.

—Fue un caso de fuerza mayor.

—¿Qué es lo que dice, patilargo?

—Está bien, está bien, señorita —atajó—. Deje de alterarse de una vez. ¿Cuánto le debo?

Ella miró hacia el campo por encima del hombro del forastero y no pudo evitar que se le escapara un respingo a la vista de los hoyos que se abrían en distintas partes.

—¡Oh, los daños son enormes! ¡La cosecha se verá mermada!

Madox apretó las mandíbulas.

—¿De cuánto será la merma? ¿Dos dólares?

La muchacha compuso una mueca.

—¿Cómo?

—He dicho que si el daño alcanza dos dólares. Estoy dispuesto a darle el doble y asunto terminado.

Ella enarcó con fuerza el busto bien formado.

—¿Qué está diciendo? —gritó—. ¡Lo menos ha hecho setenta y cinco dólares de perjuicios!

Madox se enjugó las manos en las húmedas perneras del

pantalón y después se restregó los ojos para secarles.

—No he oído bien, ¿ha dicho setenta y cinco dólares?

—¡Sí! ¡He dicho eso!

El joven la miró con el ceño fruncido y apuntó con el dedo al sembrado.

—Oiga, ¿qué tiene ahí plantado? ¿Orquídeas japonesas?

La señorita Very apretó los labios hasta que formaron una línea roja.

—Si piensa tomarme el pelo, dígalo claro y le azuzo a Tom hasta que no le deje un hueso sano.

—Cálmese, encanto.

—¡Sólo me calmaré cuando me pague!

Madox cabeceó conforme y escarbó en su bolsillo derecho.

—El caso es que sólo dispongo de cuatro machacantes —dijo, y sacó el dinero.

La joven sonrió con sarcasmo.

—Debí figurármelo. Tiene todo el aspecto de andar a la derrota. Seguro que es todo su capital.

Madox asintió con la mirada cargada de sinceridad.

Ella emitió un sonido lastimero.

Tom intervino en aquel momento con un ronco carraspeo.

—Tengo una idea, señorita Very.

Los dos jóvenes le miraron con los ceños fruncidos.

—¿De veras, Tom? —dijo Madox—. Suéltala.

Tom se volvió de lado y escupió un escupitajo. Luego agregó:

—Todavía quedaron algunas semillas, señorita. Si este tipo me ayudara, en cosa de cinco horas repararíamos los destrozos. El tipo tiene buenos músculos y si dobla el espinazo conseguiremos ponerlo todo en orden.

El bello rostro de la señorita Very se iluminó, en una expresión de triunfo.

—¿Quién dijo que no pensabas, Tom? —exclamó con acento de satisfacción—. ¡Voy a disfrutar de veras viendo a ese individuo reparar mi campo!

—Oiga, señorita —intervino Madox—. No entra en mis cálculos resolver así el problema. Deben contar conmigo.

—¡Seguro que contamos, forastero! —rió con ganas la joven. Luego, se puso seria de repente—. ¡Vamos, Tom, dale un rasca

terrones!

Madox miró un segundo a la pareja. Ella mostraba un gesto desafiante, en tanto que Tom tenía los brazos arqueados con ganas de gresca. Finalmente, llegó a la conclusión de que estaban en su derecho de exigirle ayuda y lo consideró justo.

Dio un par de cabezadas para dar su conformidad, aunque juró que sus huesos no resistirían el esfuerzo.

La chica dio media vuelta hacia la casa.

—¡Empiecen ahora mismo!

Tom indicó con la cabeza hacia el campo.

Madox lo siguió sin dejar de contemplar a la muchacha que le pareció la más hermosa que había visto en su vida.

CAPÍTULO V

Estaba la tarde tocando a su fin cuando John Madox dio las últimas paletadas para cubrir las semillas.

Se enderezó, apoyando los puños en los riñones y soltó un gemido.

A unos veinte metros se hallaba agazapado Tom. En la casa no había nadie. La chica debía encontrarse también en los quehaceres, y no se había dejado ver durante todo el tiempo que duró la pesada labor.

Madox soltó la herramienta que tenía en la mano y se pasó el brazo por la frente, para que las gotas de sudor no le llegaran a los ojos. Estaba desnudo de cintura para arriba y a piel le brillaba cubierta de transpiración.

Tom le dedicó una sonrisa de franca simpatía y echó a andar hacia él.

—Bien, forastero. No se ha portado usted mal del todo para no haber tocado la herramienta de labranza en toda su vida.

Madox movió el brazo circularmente indicando la labor realizada.

—¿Qué le parece?

—Lo que digo. Estupendo. Con unos días de práctica, le aseguro que quedaría convertido en un campesino de los menos.

—Sí —murmuró John, pensativo, y miró hacia la casa por si veía a la joven.

—Y además —prosiguió Tom, sin dejar de andar—, se ha ahorrado la poca plata que le queda. Puede dar gracias a que nos quedó un poco de maíz mexicano.

Madox le enseñó las palmas de las manos.

—Oiga. Me gustaría lavarme un poco.

—Sígame, trabajador.

Tom desvió los pasos hacia un corral, a la derecha de la casa.

Madox siguió las indicaciones del empleado y fue hacia el lugar que servía de ducha.

Se despojó de las ropas que le quedaban y dejó que el riego de agua le quitara la suciedad adherida a la piel.

Quince minutos después salió del departamento acabando de abrocharse los últimos botones de la camisa.

Oyó entonces un tropel de caballos y se volvió bruscamente hacia la empalizada.

El *sheriff* a la cabeza de cinco jinetes, detuvo la cabalgadura cerca del joven.

Madox esperó a que desmontara y saludó:

—Buenas tardes, *sheriff*.

El hombre de la estrella plateada clavó su mirada gris en el rostro del forastero.

—¿Quién es usted?

El joven se pasó la hebilla por el agujero de la correa.

—Me llamo John Madox.

—Y yo Graham Baxter. Los nombres importan poco. Lo que quiero saber es qué hace usted aquí.

Madox carraspeó.

—Verá, *sheriff*. Acabo de arreglar el sembrado.

La mirada de Baxter se posó hasta en el último botón de la indumentaria del joven.

—No sabía que Virginia Very tuviera un nuevo empleado —dijo.

—No soy ningún empleado de la señorita Very.

Graham dejó pasar unos segundos.

—Vamos, ¿es que quiere que se lo arranque palabra por palabra? Empiece a hablar.

—No tengo inconveniente. Soy una especie de amigo de la casa. Estoy toda la tarde ayudando en las faenas del campo.

Tom apareció en aquel momento.

Baxter habló por un costado de la boca sin quitar los ojos de Madox.

—¿Es eso cierto, Tom?

La pregunta pilló al interpelado con la boca abierta, pero al fin contestó:

—Sí, señor Baxter. Aquí el joven acaba de ayudarme en la tarea. Puedo darlo por bueno.

La mirada fría de Baxter se posó alternativamente en Tom y en el forastero en medio de un profundo silencio.

—No me gusta —dijo Baxter, y nadie le replicó.

—¿Ocurre algo, *sheriff*? —replicó Madox.

Baxter se encaró con él.

—Quiere decir que no sabe nada de lo que ha pasado esta tarde, ¿eh?

—No, *sheriff*. Tengo entendido que hubo un tiroteo en la estación. Me informó Tom durante el trabajo.

—Y apuesto a que no sabe el porqué, de los tiros.

Tom dio un paso al frente.

—Es cierto, señor Baxter. Le dije al señor Madox que había jaleo. Oí los disparos, pero no quise acercarme para averiguarlo. Algunas veces ocurre que lo paga quien menos debe.

—¡Cierra el pico! —ordenó Baxter, y miró de nuevo al forastero.

—Pregunte lo que quiera, *sheriff* —dijo Madox.

—¿Cuándo ha llegado a Crossland?

—Hoy mismo.

Graham Baxter entornó ligeramente los párpados.

—Me lo figuraba.

—¿Qué es lo que se figuraba?

Madox sostuvo las pupilas de Baxter y éste volvió a decir:

—Estoy seguro de que es desconocido en Crossland.

—Efectivamente, *sheriff*. Es la primera vez que piso este pueblo.

—De eso no tengo duda. Me basta con una ojeada. Lo único que quiero es que me de pruebas de que no ha tenido nada que ver con el suceso de hace unas horas.

Madox ladeó ligeramente la cabeza.

—Bien, *sheriff*. Diga qué pruebas quiere y tal vez pueda usarlas. Le he dicho que Tom me informó de lo ocurrido. Estoy toda la tarde trabajando aquí. ¿Por qué no se explica de una vez? Tal vez llegaríamos a entendernos.

—¿A qué ha venido a Crossland?

—Quería ver de hacer un poco de dinero.

—¿Qué es lo suyo, Crossland?

—Molinos de viento para extraer agua de los molinos y pozos.

Baxter frunció el ceño.

—Un oficio raro —comentó.

Fue a decir algo más, pero se interrumpió cuando uno de los hombres que le acompañaban llamó a voz en grito a un grupo de jinetes.

—Ahí viene Spencer, por fin —dijo el *sheriff*.

Un grupo de caballistas sudorosos se detuvo ante la empalizada en medio de una espesa nube de polvo.

Todos tenían aspecto de cansancio.

—¿Qué habéis sacado en limpio, Spencer? —preguntó el *sheriff* al que iba en cabeza.

Spencer era un pelirrojo de nariz ganchuda.

—No hemos parado de buscar desde el momento del atraco. Le aseguro que no hemos visto ni el polvo de los caballos.

—¿Pudisteis ver la dirección que tomaban?

Spencer escupió un salivazo.

—Algunas huellas señalan hacia el este, pero estoy seguro de que vadearon el río. Jim el Rastreador ha seguido hasta allí la pista.

El de la placa hizo una mueca.

—En fin, estamos tan limpios como antes de producirse el asalto. De todos modos, tengamos los ojos bien abiertos mientras recibimos noticias de Grosvenor y Claryman. Ya telegrafiaré para que los *sheriffs* de allí estén atentos por si ven algo —dedicó una ojeada a Madox y prosiguió—: Entretanto, moveré cielo y tierra para dar con los responsables. Y cuando yo lo digo, podéis estar seguros de que les sentaré la mano encima. Serían los primeros asesinos a los que no he dado lo que merecen.

Los ciudadanos de Crossland tenían fijas sus miradas en el *sheriff*, convencidos de que cerraría las garras sobre los que habían cometido tal desmán. Graham Baxter era de los hombres que no se concedía reposo cuando tenía un trabajo entre manos, y no se echaba a dormir hasta el día en que colgaba al delincuente de una vieja encina a la otra parte del pueblo, a la que habían dado el nombre de La Encina de Graham.

Baxter parecía andar desconcertado y a ciegas cuando iba a la caza del hombre, al igual que un perro mira sin ver en la maleza y, de pronto, sale con la presa entre los dientes. Ahora, los que estaban a su alrededor sabía que se hallaba en esas condiciones, pero que la

sorpresa no iba a tardar en producirse. Tenían varias muestras de su sagacidad. Nadie sabía que el tipo que balearon en la estación estaba allí y, en un momento, Baxter lo olfateó. Lo mismo ocurrió con el rubio que cazaron a lazo. La última muestra estaba delante. Aquel tipo llamado John Madox había sido descubierto por el *sheriff* de modo casi telepático.

Baxter se volvió hacia el forastero y lo examinó con una mirada desprovista de vida.

—Nos volveremos a ver, Madox —dijo—. No intente abandonar el pueblo. Si lo hace, tenga la seguridad de que le traeré amarrado, aunque se esconda en el fin del mundo.

Madox no respondió y lo vio alejarse hacia el caballo.

Estaba convencido en lo más íntimo que el *sheriff* cumpliría su palabra si salía de Crossland, dejándolo con las ganas de continuar el interrogatorio interrumpido.

Los jinetes se pusieron en marcha al trote corto en dirección al pueblo.

Madox se volvió hacia sus espaldas al oír una risita suspicaz.

Virginia Very se encontraba apoyada en el quicio de la puerta del corral.

—Por lo visto, el *sheriff* la tiene tomada con usted, ¿eh, forastero?

—No soy el hombre que busca.

Ella puso un mohín de indiferencia.

—Allá se las compongan. Si quiere que le sea sincera, ni me gusta el *sheriff* ni usted.

John dejó escapar el aliento.

—De mí no puede tener queja. Le he dejado el sembrado tal y como estaba. Lo malo es que estoy tan derrengado que no podré ponerme en camino. Tendré que buscar alojamiento.

—Puede ir al hotel del pueblo. Y otra vez ocúpese de mirar dónde pone las botazas. ¡Buen viaje!

La joven cerró la puerta y Madox quedó unos instantes mirando hacia aquel punto.

Luego salió de la empalizada. Más allá encontró a Tom y se despidió de él con un apretón de manos.

Cuando iba por el camino volvió la cabeza de improviso y alcanzó a ver parte del rostro de Virginia antes de que cerrara la

puerta de nuevo.

John sonrió al comprender que la chica lo había estado espiando desde la casa.

Las sombras de la noche empezaban a extenderse sobre la ciudad.

Atravesó la entrada del hotel Corond, que en la planta baja tenía abierto un *saloon* de bebidas.

Se abrió paso entre los clientes del mostrador y pidió un *whisky*.

A su lado alguien tosió ruidosamente y volvió el rostro.

El rubio perseguido en la estación acababa de ingerir un vaso de licor y se tomaba con ambas manos la garganta.

Madox le palmeó con fuerza la espalda para que le pasara el atoramiento, y el rubio, después de estar a punto de vomitar, recobró la respiración normal.

—¡Canastos! —resolló, dirigiéndose al que servía en el mostrador—. ¿Qué matarratas me ha puesto?

Luego, contempló a su vecino y agregó:

—Oh, gracias, señor…

—John Madox.

—Gracias, señor Madox. De no ser por usted hubiera muerto asfixiado. Está visto que hoy no es mi día.

Madox carraspeó suavemente.

—¿Por qué dice eso?

—Me llamo Geo Devine —el rubio bebió medio vaso de agua que acababan de servirle—. Sí, señor Madox. Tengo la negra.

—Ha tenido complicaciones, ¿eh?

—Parece que hoy se amontonan todas las desgracias sobre mi cabeza. Soy de Clayer City y me dedico a la venta de relojes de oro y otros objetos después de una perorata ante el público de las ferias.

—Entiendo. Siga…

—Pues bien, antes de amanecer tomé un tren para El Paso y en un trasbordo en Pontville me colé en otro equivocadamente. ¿Sabe lo que me ha representado eso?

—Tendrá que explicármelo.

Geo Devine acabó el vaso, gargareó un poco y escupió en el serrín.

—He perdido las oportunidades que tenía hoy en la feria de El Paso. Tendré que volver a Clayer City con las manos vacías.

—Supongo que el tren que tomó es el que le condujo aquí.

Devine arrugó los labios.

—Eso es algo que no me explicaré nunca. Yo sé que el tren era el de El Paso. Estoy seguro, y sin embargo me desperté en la estación de este maldito pueblo. Le puedo jurar que no sabía ni que estaba en el mapa. En fin, nunca me explicaré este misterio. Lo malo es que, apenas salgo del vagón, el *sheriff* de este lugar, al frente de una pandilla, se echaron encima de mí como una jauría de perros hambrientos. Me las vi y me las deseé para explicarle al *sheriff* qué trabajos hacía yo aquí. Creyeron que pertenecía a una banda de forajidos que pegaron un golpe en la estación.

—¿Cómo se las compuso para salir del enredo?

—Me cazaron como si fuera una comadreja. Les hice sudar tinta para apresarme, pero lo consiguieron y me llevaron a la comisaría sin tocar el suelo, con los pies.

—¿Por qué no dio la cara cuando le dieron el alto?

Devine se vio acometido por un golpe de tos.

—Verá, señor Madox. Uno siempre tiene enemigos. Ocurre que mis relojes no son totalmente de oro. ¡Infiernos! ¿Qué se puede dar por dos dólares con cincuenta?

Madox asintió y bebió un trago.

—Lo que no me explico es por qué sus compañeros de viaje no le despertaron al llegar. Debieron advertirle de lo que ocurría.

Devine manifestó un ligero embarazo, pero después de titubear, contestó:

—La verdad es que tenía de compañeros de viaje a cuatro vacas mexicanas.

Madox le miró con curiosidad.

—Viajaba de polizón en un vagón de ganado.

—Ahora me hago cargo.

—Bueno, Madox. Ya le dije que estoy de malas. Hoy no tenía ni un centavo para emprender el viaje —se detuvo un momento y añadió—: Menos mal que al fin pude convencer al *sheriff* de que yo no tenía ninguna relación con el atraco. Me ha dejado en libertad a condición de que no me mueva del pueblo hasta que se aclare todo.

Madox se pasó un dedo por debajo de la nariz para disimular una sonrisa.

—No se preocupe, Devine. Este trago lo pago yo en tanto puede

vender alguno de sus relojes para recuperarse.

—Es la única esperanza que tengo —dijo el vendedor.

—¿Cómo pudo convencer al *sheriff*? Parece un hueso duro de roer.

Devine pegó un gruñido.

—Y que lo diga. Pero cuando me llevaron a la comisaría me encontró el alcalde. Coincidimos una vez en El Paso y le vendí un collar de perlas auténticas por seis dólares. En fin, él tiene amistades por allá…

—Vaya el fulano, señor Devine. —Madox guiñó un ojo.

—Quedó contento y me identificó. Dijo lo conocido que era yo por esos mundos. El *sheriff* me dejó libre a regañadientes, pero el alcalde está sobre él. Es la única suerte que he tenido en todo el día, pero no estoy seguro que se haya acabado la mala racha.

Repentinamente, sonaron varios estampidos en el interior del local.

Los cinco mecheros de la lámpara de petróleo saltaron en pedazos, quedando todo a oscuras.

Se produjo una confusión general, gritos, pasos precipitados y, finalmente, un largo alarido de socorro pareció salir de la garganta de Geo Devine.

Madox tiró del revólver y en aquel instante algo había desaparecido.

Se abrió paso a codazos hacia la puerta y pudo alcanzar a ver que dos sujetos conducían al rubio medio inconsciente hacia un caballo.

Madox tiró del revólver, y en aquel instante algo duro y pesado entró en colisión con su cabeza.

Sintió que las fuerzas le abandonaban y la noche pareció aumentar su negrura. Vio luces multicolores unos segundos y luego desaparecieron.

Cuando abrió los ojos miró a su alrededor y vio que los clientes del local lo habían apoyado contra la pared. Notó una vaharada de alcohol y descubrió a su lado a un viejo que apenas si podía tenerse en pie.

—Le han dado una buena, muchacho.

Madox se incorporó, masajeándose la nuca.

—¿Por dónde se fueron?

El viejo señaló hacia el fondo de la calle.

—Por allí, pero vale más que no se moleste en buscarlos. Eran cinco jinetes y uno de ellos lo puso así. Los demás no quisimos meternos en líos, cuando vimos lo que le pasó a usted.

Madox abrió la mano izquierda y se sorprendió al ver un pedazo de tela arrancada.

—Usted se enganchó al que le zumbaba —explicó el anciano—. Es un pedazo de camisa.

Madox notó que era bastante sucia, pues le quedaron unas manchas rojas en las yemas de los dedos.

—¿Qué es esto? —preguntó, un poco aturdido todavía por el golpe.

El hombre cargado de *whisky* examinó los dedos de Madox y luego el pedazo de tela.

—El tipo que la lleva ha estado cerca de la Montaña de las Herraduras. Es toda de mineral de hierro. Si hubiese más de una, la vería desde aquí.

—¿Dónde puedo encontrar un caballo?

—Ahí tiene el mío —indicó el vejete un penco en buenas condiciones todavía—. Pero mi consejo de abuelo es que no se meta en donde no le llaman. Precisamente ahí viene el *sheriff*.

Madox apartó al viejo y montó de un salto. Antes de que el *sheriff* llegara espoleó los flancos del animal.

Poco después se perdía en la negrura de la noche.

CAPÍTULO VI

Madox tardó casi una hora en dar con una cabaña que se alzaba en un costado de la falda de la Montaña de las Herraduras.

La cabaña estaba medio escondida entre los pinos que crecían en aquel lugar, pero pudo descubrirla gracias a la luz que se filtraba por una de las estrechas ventanas que se abrían a los lados.

John se acercó sigilosamente después de dejar el caballo junto a un pino.

Oyó voces destempladas en el interior y el instinto le dijo que se hallaba en buen camino.

Atisbo por la rendija que dejaba la ventana, al tiempo que contenía la respiración.

Lo que vio estuvo a punto de arrancarle un respingo.

Geo Devine cruzaba en aquellos momentos la estancia impulsado por el puñetazo de un sujeto de rostro simiesco.

La víctima fue recogida por otro individuo a quien Madox reconoció.

Era el pelirrojo Harry, que en compañía del *sheriff* y los demás había dado caza a Devine en la estación.

Devine levantó trabajosamente la cara hecha un mapa.

—¡Le repito que no sé una palabra de ese dinero!

Harry soltó una carcajada.

—Aún no tienes bastante, ¿eh? ¡No creas que me vas a engañar como al estúpido del *sheriff*! ¡Vamos, escúpelo todo!

Devine se apartó tambaleante, con el terror pintado en el maltrecho rostro.

—¡Y yo que creí que era un colaborador de la ley! ¡Menudo comediante!

—Sí —gruñó Harry—. Mi comedia empezó con el trabajo de lazo

que te enganché en la estación. ¡Pero tú has convertido cincuenta mil dólares en dos docenas de relojes de hojalata! ¡Me gustaría saber cómo has conseguido el truco!

—¡Juro que en esa maldita maleta siempre llevaba relojes!

El pelirrojo lanzó el puño y sonó un chasquido.

Devine retrocedió, cayendo en brazos de un bizco de orejas arrepolladas.

Harry continuó hablando con la boca torcida en una mueca desagradable.

—No, pimpollo. Yo te explicaré lo que hiciste —soltó un salivazo —. Apenas se oyeron los tiros en la estación, tú acudiste a ver qué pasaba y viste caer el botín por la ventana.

—¡No es cierto!

—¡Cierra el pico o te hago tragar los dientes que tienes ya flojos!

Devine se cubrió la cara con la mano.

Harry contempló el terror del rubio a su gusto y continuó:

—Sí, pintamonas. Eso es lo que hiciste. Luego, te largaste a esconder el fruto de nuestros esfuerzos y te metiste en aquel vagón después de llenar el saco de relojes. Debías llevarlos por todos los bolsillos cuando los limpiaste a los viajeros.

—¡Se equivoca de plano!

—¡Maldito seas! —rugió el pelirrojo al verse interrumpido en una deducción que le satisfacía—. ¡Hablarás, aunque tenga que molerte los huesos a palos!

—¡No, por favor…!

Harry se volvió hacia los que le rodeaban.

—¡Jeff, Luke, Don…! ¡Manejad bien los puños! ¡Quiero oír cómo le descoyuntáis la osamenta!

Devine retrocedió lanzando un quejido de res en el matadero al ver aproximarse una avalancha de brazos velludos.

—¡Buenas noches, señores! —dijo John Madox abriendo la puerta de golpe.

Harry y sus hombres se volvieron como peonzas al tiempo que cada uno bajaba la mano al revólver.

—¡Al que se mueva, le dejo embalsamado! —conminó Madox, al tiempo que volaba de un disparo el «Colt» del pelirrojo.

—¡Maldición! —rugió éste—. ¿Quién diablos le da vela en este entierro?

—¡Señor Madox! —gritó Devine, aliviado a pesar de los efectos de la paliza.

Harry se volvió hacia él.

—¿Es amigo suyo ese metomentodo?

—¡Cállese, Harry! —ordenó Madox—. Soy yo el que tiene que hacer las preguntas.

El pelirrojo enseñó los desiguales dientes a la vista del revólver empuñado por el recién llegado.

—Sí —gruñó—. Pero, aunque tenga la sartén por el mango, no espere que vayamos a contarle nada.

—De modo que es usted quien dirige toda esta tramoya de asesinos, ¿eh, Larry?

—No soy Larry —masculló el pelirrojo—, sino Harry. Harry Trumon. Apréndase bien el nombre, porque en cuanto tenga ocasión le vamos a forrar las entrañas con plomo. Todo por meterse en donde no le llaman.

El bizco de las orejas en forma de coliflor intentó una jugarreta lanzándose sobre Madox, pero éste le golpeó fuerte con el cañón del revólver, justo en la coronilla.

Otro quiso aprovechar la situación y echó mano al «Colt», pero una bala de Madox le quemó la yema del dedo.

—¿Están todos servidos? —preguntó Madox.

Se produjo un largo silencio.

—¿Dónde están los demás de la banda? —interrogó de nuevo Madox a Harry.

Éste tenía los dientes apretados de rabia.

—¡No vamos a enterarlo de nuestras intimidades! —masculló poniéndose cárdeno.

—Puedo utilizar el mismo sistema que usted para averiguar todo lo que necesito… ¡Devine!

Geo dejó de limpiarse la cara con un pañuelo.

—Diga, señor Madox.

Madox apuntó al de la Cara de simio, quien le había dado más gusto a los puños.

—Ablande primero a ése. Tengo que interrogarlos a todos.

Geo movió la cabeza aproximándose al hombrón quien se estremeció.

—Tengo escasas fuerzas, Señor Madox.

—Por eso le doy a ése para probar. ¡Vamos, Devine!

Geo fintó con la izquierda y cuando el individuo bajó la guardia para protegerse el abdomen, disparó el puño izquierdo.

Sonó un fuerte chasquido de cartílago roto y un cuerpo pesado se desplomó de golpe.

Madox dirigió a Geo una mirada de admiración.

Harry se pasó la lengua por los labios y dijo:

—Espere un momento, Madox. ¿Qué es lo que quiere saber?

El joven entornó los párpados al apuntarlo con el «Colt».

—De modo que le ha bastado ese pequeño detalle para entrar en razón.

El pelirrojo apretó tanto los puños que los nudillos le blanquearon.

—Le juro que en cuanto pueda le desollaré vivo. Madox. ¡Pregunte!

John hizo un movimiento con la cabeza a Geo.

—Puede sentarse, Devine. Harry nos va a contar una historia sentimental.

Devine abrió los puños con desgana, ardiendo en deseos de desquitarse. Sacó una manzana del bolsillo, la frotó en la manga y después de tomar asiento, pegó un mordisco.

—¡Suelte ese revólver, Madox! —gritó alguien en la puerta—. ¡Yo se lo contaré todo con gusto!

John quedó rígido unos momentos.

Devine levantó la cabeza hacia la entrada y el bocado de manzana se le escapó de la boca abierta.

El joven dejó caer el arma.

Una sonrisa aguda sonó detrás de él.

Harry y sus compinches sonrieron con satisfacción.

—Esta jugada compensa tus errores pasados —dijo el pelirrojo Harry.

Madox se volvió poco a poco y vio un rostro conocido. Era Jim, el compañero de Hugh, asesino de Mark Jourdan.

—¿Se acuerda de mí, Madox? —sonrió entre sus dientes de roedor.

Madox relajó el cuerpo ligeramente.

—Desde que se marchó dando saltos entre aquellas rocas no he dejado de preguntarme por su paradero.

—Pues aquí me tiene, Madox. Y esta vez no le daré tiempo para arrepentirse.

—Todo a su tiempo, Jim.

—Estoy lleno de dudas, Madox —sonrió Jim, y avanzó con el revólver presto a hacer fuego—. Por ejemplo, ¿cómo pudo llegar a Crossland?

—Pura intuición.

—Usted no pudo seguirme cuando me escapé de las rocas —continuó Jim—. Hugh Mitchell y Mark Jourdan estaban ya muertos. ¿Qué diablos hizo para olerse este guisado?

Madox exhaló aire con fuerza.

—Lo consulté con una echadora de cartas.

Jim dejó fuera de la boca los dos dientes de rata.

—Es un chiste muy viejo, Madox. ¿Por qué no prueba a contar algo que tenga más gracia? Por ejemplo, la verdad de todo punto por punto.

Madox sacudió la cabeza.

—La cosa fue bastante simple. Seguí sus huellas. Soy un buen rastreador. La gente que encontré en el camino me ayudó bastante. Su fea cara no se le olvida a nadie.

Jim apretó el revólver con fuerza.

—¡Debió seguir su camino!

Madox le miró con fijeza.

—De todos modos, siempre he llegado tarde. La primera vez no pude evitar el asesinato. Tampoco ahora el asalto.

Jim rió.

—Es un tipo sin suerte. ¡Porque ahora recibirá un balazo!

El dedo se curvó sobre el gatillo.

La manzana que mordió Geo Devine cruzó la estancia y chocó contra el revólver.

Sonó el disparo, pero la bala pasó rozando la oreja de Madox y encontró al otro lado la cabeza de uno de los pistoleros, que reventó esparciendo una sustancia parda.

Madox se lanzó sobre el revólver caído en el suelo.

Al mismo tiempo todos echaron mano a las armas.

El mismo infierno pareció desencadenarse en el recinto.

Los revólveres crepitaron, en medio de la súbita oscuridad al llevarse por delante la lámpara uno de los plomos.

Toda la estancia se llenó de gritos, quejidos y acre olor a pólvora.

El primer proyectil lo recibió Jim, pues le arrancó los dos incisivos y se fue camino de la garganta.

El que fue golpeado por Devine despertó a los estampidos y eso lo perdió.

Interpuso su cuerpo en la línea de tiro y se quedó convertido en un colador con demasiados agujeros.

Alguien abrió la puerta de la cabaña y salió al exterior, mientras los plomos buscaban su silueta.

Cuando todo quedó en silencio, Madox tiró el revólver inservible al rincón opuesto, pero nadie reaccionó ante el truco.

Entonces encendió un fósforo, escudado en la mesa tumbada, y miró a su alrededor.

La cabaña estaba sembrada de cadáveres.

Madox los contó y llegó a la conclusión de que faltaba uno de los circunstantes.

—¡Estoy aquí, señor Madox! —Oyó la voz de Geo, fuera de la cabaña.

Salió al exterior, sorteando cuerpos, y el aire puro de la noche le azotó el rostro experimentando una sensación agradable.

Entonces descubrió a Devine en lo alto de la copa de un árbol.

—¿Qué diablos hace ahí arriba?

—¿Está seguro de que todo ha terminado, Madox?

El interpelado se mordió los labios, descontento del giro de los acontecimientos. Él hubiera preferido enterarse de muchas cosas antes de que la pandilla pasara a mejor vida.

—Puede bajar, Devine. Somos los únicos supervivientes de este terremoto.

Geo se descolgó poco a poco y tardó un buen rato en llegar al suelo.

—¡Canastos! Aún no me explico cómo he podido trepar allá arriba.

Madox oyó un relincho y volvió la cabeza.

—Ahí tenemos los caballos. Puede elegir el que le guste y nos iremos al hotel. Por hoy ya hemos tenido suficientes emociones.

Geo levantó el labio superior, mostrando los dientes en un gesto de desagrado.

—Ya puede decirlo. ¿Recuerda que le dije que éste era mi día negro? —señaló la cabaña—. Ahí tiene una muestra. He estado a punto de no contarlo.

Los dos hombres escogieron caballo y abandonaron la Montaña de la Herradura.

Veinte minutos después llegaron al hotel Lorena y pidieron dos habitaciones. Luego de la cena, Geo se largó a su cuarto después de dar las buenas noches a Madox y éste se introdujo en el suyo.

Trató de dormir inmediatamente, pero ante él desfilaron los acontecimientos del día. Los repasó uno a uno y se detuvo en la aparición de Jim, el compañero de Hugh, en la cabaña. Al parecer era el último eslabón de la cadena. Ahora las cosas parecían más claras. El asalto había sido efectuado por elementos de Crossland. Se había simulado que los asaltantes huían en determinada dirección, pero la escena de la cabaña probaba que los buitres se habían reunido en el nido común. Harry, el pelirrojo, era el que estaba a la cabeza de todo y había tramado aquella comedia. Al desaparecer el dinero, Geo Devine era a los ojos de Harry quien se había embolsado el botín. Su brusca aparición en la estación los había señalado como el hombre sorpresa de aquel desaguisado. Harry lo mandó tomar apenas fue soltado por el *sheriff*, porque supuso que el vendedor tenía el dinero escondido en alguna parte.

Los pensamientos de Madox se confundieron a medida que le venció el sueño. Un par de veces pasó por su mente el suceso del sembrado y la imagen de Virginia.

Entonces gruñó apaciblemente y se quedó dormido.

CAPÍTULO VII

A la mañana siguiente abrió las ventanas de par en par y una voz en tono declaratorio llegó hasta sus oídos.

Se asomó a la calle y vio un corro de personas alrededor de Geo Devine subido en un tonel boca abajo.

El rubio mostraba por encima de aquel mar de cabezas un grueso reloj.

—¡Sí, señoras y caballeros! ¡Me he vuelto loco y quiero hacerles a ustedes un verdadero regalo! ¡El mejor reloj de oro batido a martillo…! ¡Por sólo dos dólares y medio! ¡Juro que sólo tengo cuatro de ellos y no podré satisfacer las demandas de todos…! ¡Dense prisa…!

Un tipo barbudo levantó la cabeza entre la multitud.

—¡Deme dos!

—¿Qué clase de avaricia es ésa? ¡He dicho uno solo por persona!

Varios de los congregados se abrieron paso a codazo limpio.

Geo comenzó a sacar relojes de un maletín a sus pies, y recogió el dinero que crecía a su alrededor.

—¡No quedan apenas! —chilló, sin dejar de cambiar relojes por billetes.

Un comprador levantó la adquisición por encima de la cabeza.

—Eh, amigo. ¡Esto no funciona! No hago más que sacudirlo y sólo oigo ruido de lata.

—¡Están garantizados por diez años! —replicó Geo—. ¡Golpéelo con fuerza! Habrá algo enganchado.

Se oyó un ruido de algo que se hacía trizas.

—¡Infiernos! —rugió Devine—. ¡Quise decir con el dedo! ¡Le ha pegado con la culata del revólver!

Sonaron varias carcajadas.

Devine acabó de sacar relojes y se embolsó un fajo de billetes y monedas. Se apoyó con un gesto de desolación contra la columna que había a sus espaldas.

—¡No me queda ya ni un solo reloj! —exclamó.

—¡A eso no hay derecho! —protestó un viejo con camisa de cuadros—. ¡Yo me he quedado sin nada!

Devine abrió las manos y sacudió la cabeza, pesaroso, en tanto decía en tono de impotencia:

—Lo siento. Yo no quería hablarles de unas cadenas de oro macizo que todavía tengo al precio de tres con cincuenta. ¡Pero me obligan los lamentos de quienes no han tenido la suerte de alcanzar el reloj!

Hinchó el pecho y soltó al aire con tremendo vozarrón:

—¡Todavía pueden tener la suerte…!

Madox sonrió y fue hacia la jofaina para ablucionarse.

Quince minutos después bajó a la calle y se ajustó el sombrero.

Geo acababa de agotar las existencias de cadenas de oro, pero parecía dispuesto a ofrecer otra mercancía. Vio a Madox salir del hotel y le guiñó un ojo.

John correspondió tocando ligeramente el ala del sombrero.

El *sheriff* Baxter apareció por la esquina.

Tenía el gesto huraño.

—Precisamente quería hablar con usted, Madox.

John se dio vuelta hacia él.

—Podemos hacerlo en el mostrador, ¿le parece?

Baxter asintió y penetró en el bar en pos de Madox.

—¿Se trata de algo de importancia? —indagó el joven.

Las pupilas grises de Baxter chispearon un instante.

—Cosa de poca monta, Madox. Anoche se dejó usted seis cadáveres en la Montaña de la Herradura. ¿Qué me dice de eso?

Madox sostuvo la mirada del representante de la ley.

—Es cierto, *sheriff*. Aunque yo no di cuenta de todos.

—No importa —dijo Baxter—. Lo cierto es que hubo allí un jaleo de mil demonios y, al parecer, usted fue el primer actor.

—Digamos que está en lo cierto.

Baxter aceptó un vaso que le acababan de servir.

—Hablemos claro, Madox. ¿Qué diablos hacía usted allí?

—Puede preguntarle al señor Devine todo lo que ocurrió. Él se

hallaba allí antes que yo. Sólo me encargué de rescatarlo…

—Sí —interrumpió Baxter con un gruñido—. Ya he hablado con ese charlatán y me ha hecho un relato completo. Al parecer, la banda en pleno le echó el guante porque creía que el botín estaba en sus manos. Lo que me desconcierta es que precisamente usted fuera el libertador de Devine… —hizo una pausa y añadió—: A usted lo encontré en el rancho de Virginia de modo inesperado y a Devine en la estación, apareció como por arte de magia.

—Creo que sé adónde, va a parar.

—Prefiero que lo escuche hasta el final. Ya le tocará la vez y podrá hablar por los codos.

—Continúe, *sheriff*.

Baxter carraspeó, clavando sus ojos sin vida en el joven.

—Tanto usted como Devine no han justificado a conciencia su presencia en Crossland. Y la primera aparición de ustedes se produce después del asalto y cerca del lugar de los hechos. Luego los dos se unen y la banda de salteadores aparece exterminada. ¿No le parece todo algo extraño, Madox?

John asintió.

—La casualidad produce extraños fenómenos.

—No me venga con cuentos, Madox. En el fondo de todo esto hay algo y no pararé hasta que lo descubra. De momento, se libra porque Devine es testigo de que obraron en defensa propia en la montaña y usted asegura que Devine fue secuestrado. En fin, los dos tienen las espaldas cubiertas, pero le recomiendo que no intente salir de Crossland hasta que yo llegue al fondo de la olla. La cosa se aclarará cuando de con la clave de todo.

Madox marcó el mostrador con el fondo húmedo del vaso.

—¿Qué clave es ésa, *sheriff*?

—El dinero.

Entre los dos hombres se produjo un silencio.

—¿Todavía no lo encontró, *sheriff*?

Baxter taladró al joven con la mirada.

—Me gustaría saber dónde puede estar. Removí la cabaña de arriba abajo y no hay el menor rastro del botín.

—Puede que lo hayan enterrado —dijo Madox.

—Sí, es posible que esté escondido en el sitio menos esperado. Me gustaría hacerle una pregunta más, Madox.

—Puede hacer las que guste.

El *sheriff* se aproximó un poco más al joven.

—Si usted estuviera en lugar de los asaltantes, ¿dónde lo habría metido?

—Nunca he robado nada a nadie —replicó Madox—. Pero si tuviera un buen montón de dinero lo probable es que lo metería bajo tres palmos de tierra con una cruz, algo así como una sepultura.

—No es mala idea, pero no querrá que yo me deje caer por el cementerio con unos cuantos hombres y nos dediquemos a levantar todas las sepulturas. Eso sería mi ruina para la reelección.

—Usted me preguntó y yo me limité a contestarle, *sheriff*.

En aquel instante entraron en el *saloon* dos hombres que se encaminaron hacia el lugar donde se encontraba el *sheriff*, con quien cambiaron un saludo. Uno de los tipos era rubio, alto, de ojos verdosos, y el otro robusto, de mediana estatura. El primero era Fess Mac Nully, agente de Bienes Raíces, y el segundo, Sam Kinross, director del Banco Ganadero.

—Bien, *sheriff* —dijo Kinross—. Tengo que felicitarlo. Me acaban de decir que la banda de salteadores quedó exterminada. Ahora sólo falta que me diga dónde tiene el dinero.

—La plata no ha sido hallada —contestó el *sheriff*.

Kinross hizo una mueca.

—No me gusta que me gasten bromas a estas horas del día.

Baxter chascó la lengua.

—No es ninguna broma, Sam. Lo siento tanto como tú, pero la verdad es ésa. Ignoramos el paradero de los cincuenta mil machacantes.

San Kinross soltó un bufido.

—Es increíble… ¿Por qué infiernos no dejaron alguien vivo en la cabaña? Con hacerlo cantar, a estas horas tendríamos la plata.

—Yo no intervine en esa masacre —repuso el *sheriff*—. Fue cuenta de John Madox, aquí presente.

Kinross y Mac Nully miraron al forastero con los ojos fruncidos.

—De modo que usted liquidó a esa gentuza —murmuró Sam.

—Seguro, amigo.

—Le voy a decir una cosa, Madox. Si estuviese en mi mano le iba a dar un escarmiento. La hizo usted buena. ¿Es que no

comprende que lo que nos interesaba a nosotros eran los cincuenta mil dólares?

Madox hizo un gesto desabrido.

—Hay momentos en la vida en que uno no puede detenerse a pensar en ciertas cuestiones.

—¿Cómo puede usted hablar así? Al parecer para usted no tiene importancia que se tratase de una cantidad tan elevada.

—Tiene usted razón, Kinross. No tenía importancia, puesto que se trataba de salvar mi piel.

Los ojos de Kinross observaron al joven con chispazos de ira.

—Y dígame, Madox, ¿qué hacía usted en aquella cabaña?

—Los bandidos raptaron a un amigo, Geo Devine, creyendo que él tenía la pasta. Yo fui allá a sacarle del atolladero.

—Ya comprendo; ese Devine es el vendedor de relojes y cadenas de oro… Un estafador del tres al cuarto.

—Creo que usted lo califica indebidamente. Geo vende los relojes a un precio mucho más económico de los que puedan adquirir ustedes en cualquier otra ciudad del país. Anoche, durante la cena, él me explicó el tinglado de su negocio. Compra en grandes cantidades y de esa forma puede ofrecer su mercancía con grandes descuentos con respecto a los demás comerciantes.

—Pero él asegura que los relojes y las cadenas son de oro.

—¿Qué clase de individuo puede pensar que alguien le ofrezca un reloj de oro por dos dólares cincuenta? Sólo los tipos que serían capaces de robar a su abuela.

Fess Mac Nully soltó una risotada.

—Ha dado en el clavo, Madox. Y me alegra decirle que yo estoy con usted.

Sam Kinross meneó la cabeza, dirigiéndose al *sheriff*.

—¿Qué esperanzas tiene de dar con el dinero, Graham?

El representante de la ley se rascó el cuello.

—La verdad es que el asunto está un poco complicado.

La cara de Kinross empezó a enrojecer.

—¡No me importa que esté complicado o no! Se ha cometido un asalto en Crossland y usted es el *sheriff* de aquí. Su deber es encontrar ese dinero sea como sea… Y si usted falla en esta ocasión, se atenderá a las consecuencias.

El director del banco giró sobre sus talones y salió del local.

Mac Nully soltó una risita, observando el rostro preocupado del representante de la ley.

—Nunca vi tan enfadado a Sam.

—Tiene motivos. Si el dinero no aparece, Sam se tendrá que buscar otro empleo.

El agente de Bienes Raíces preguntó a Madox:

—¿Qué opina usted de todo este jaleo?

—Creo que en este pueblo vive alguien que se creyó muy listo.

—Caramba, Madox, usted no tiene pelos en la lengua… ¿Lo oye, *sheriff*? El muchacho está sugiriendo que el jefe de los salteadores es un vecino de Crossland. ¿Me equivoco, Madox?

—No, Mac Nully. Me comprendió perfectamente lo que quise decir.

El *sheriff* entrecerró los ojos.

—De acuerdo, Madox. Usted parece saber mucho. ¿Por qué no dice de una vez quién es el fulano para que podamos dormir esta noche a pierna suelta?

—Me gustaría decirle el nombre, pero yo también lo ignoro.

El *sheriff* dio dos cabezadas.

—No sé qué se trae entre manos, Madox, pero le repetiré lo que le dije antes. Usted sigue siendo un sospechoso. Y será mejor que no se aleje mucho del pueblo.

—Soy un chico obediente.

Fess Mac Nully empezó a reír mientras el representante de la ley salía del establecimiento.

—Realmente, Graham está pasando un mal rato. Y yo le diré por qué, Madox. Hasta ahora no pasaron grandes cosas en este pueblo. Algunas veces se han dejado caer por aquí forajidos o pistoleros profesionales que intentaron cometer algún desmán, pero Baxter siempre supo con quién se tenía que enfrentar, pero ahora es distinto. Han robado cincuenta mil dólares y no aparece el dinero ni el jefe de la pandilla. El *sheriff* teme quedar mal. —Mac Nully hizo una pausa—: ¿Quiere tomar un trago conmigo?

—Gracias, pero ya he bebido mi ración y prefiero dar una vuelta por el pueblo.

—Le acompañaré, si no tiene inconveniente.

—¿Por qué había de tenerlo?

Salieron a la calle y Mac Nully se puso a hablar.

—Oí decir al *sheriff* que usted se dedica a vender molinos de viento para extraer agua.

—Sí.

—¿A qué casa representa?

—A la Ferguson, de Chicago.

—Es una buena marca. ¿Sabe que estoy pensando que usted y yo podríamos hacer negocio? Durante los últimos cinco años he vendido tierras a nuevos colonos que vinieron a asentarse en Crossland. Muchos se quejan de que sus propiedades son áridas, de que apenas tienen agua para regar sus campos. Si usted concede facilidades de pago, muchos de ellos accederían a adquirir sus molinos de viento.

—Lo pensaré, Mac Nully.

—Cuando se decida, tengo mi oficina junto al *saloon* Pacific.

De pronto les llegó una voz femenina por el hueco de una puerta que habla a la derecha y que correspondía a un almacén.

—Hola, Fess.

Madox dio un respingo porque acababa de identificar la voz como perteneciente a Virginia Very.

Fess se acercó a la joven que estaba en el umbral.

—Cada, día estás más bonita, Virginia —dijo, estrechando la mano que ella le tendía.

—No sabía que habías vuelto de Grosvenor, Fess.

—Llegué esta mañana y pensaba ir a verte ahora. —Fess dobló la cabeza al ver que Madox se había quedado quieto—. Oh, Virginia, te voy a presentar a un amigo, John Madox… Johnny, ésta es Virginia Very, mi prometida.

CAPÍTULO VIII

—El señor Madox y yo nos conocernos —dijo Virginia Very.

—¿De veras? —Enarcó las cejas Fess.

—Trabajé un poco para su prometida —explicó Madox.

Mac Nully se pellizcó el lóbulo de una oreja.

—Oigan, ¿saben que no entiendo una palabra?

—El señor Madox me arruinó el campo que sembré ayer. Según dice fue allí sin darse cuenta, pero he estado pensando mucho en ello y, ¿sabe a qué conclusión he llegado, señor Madox?

—Debe ser interesante.

—Usted huía de alguien.

Hubo un silencio y luego Madox asintió:

—Dio en la diana, señorita Very…

—¿Sí? ¿Y de quién quería escapar?

—De un recaudador de contribuciones.

Los ojos de la joven brillaron furiosos mientras Fess Mac Nully se echaba a reír. Ella miró con rabia a su prometido.

—No tiene ninguna gracia, Fess.

—¡Eh, señor Mac Nully! —gritó una voz desde la calzada.

Se trataba de un hombre de unos cincuenta años que viajaba en el pescante de un carro.

—Hola, señor Young —replicó Fess—. ¿Qué le trae por Crossland?

—¿Sigue teniendo en venta el terreno lindante con el mío?

—Tiene suerte, Young. Hace no menos de siete días que estuvieron a punto de quedárselo, pero al tipo le pareció excesivo el precio.

—Yo también opino que es alto, pero ¿qué le parece si lo discutimos en su despacho?

—Como quiera, Young, pero no piense que le voy a rebajar un centavo —se volvió hacia la muchacha—: Lo siento, Virginia, pero ya ves que el negocio me reclama. Luego pasaré por tu casa… —Palmeó sonriente el brazo de Johnny—. Usted y yo también nos veremos, ¿eh, Madox?

—Ya oyó al *sheriff*. No puedo largarme del pueblo. Soy sospechoso.

Mac Nully se marchó riendo, dejando a los dos jóvenes solos.

Madox observó la bonita cara de Virginia.

—Ya veo que no ha valido de nada mi sacrificio.

—¿Qué dice?

—Trabajé con usted como no lo había hecho en toda mi vida y me ha pagado con mala moneda. Su prometido habrá sacado la conclusión de que yo tengo algo que ver con la banda de salteadores.

—¡Es usted un cínico!

—¿Sí?

—Estoy segura de que tiene algo que ver.

—Es posible que usted posea algunos defectos, señorita, pero la falta de sinceridad no es ninguno de ellos.

—¿A qué ha venido a Crossland?

—A vender molinos de viento.

—¿A quién le quiere tomar el pelo?

—¿Quiere usted comprar uno? Por setecientos cincuenta dólares la casa Ferguson ofrece la oportunidad de transformar su trozo de desierto en un vergel.

—Se aprendió bien el contenido del folleto.

—Póngame a prueba y compre un molino…

—Muy bien, señor Madox. Le tomó la palabra. Quiero uno de esos molinos de setecientos cincuenta dólares.

—Magnífico, señorita Very. Ya sabía que con usted haría negocio. Hoy mismo escribiré a mi jefe para que le envíe la mercancía. —Madox hizo una pausa—: Ahora sólo me tiene que dar doscientos dólares a cuenta.

—¿Cómo?

—Es la garantía de que usted se hará cargo del pedido cuando llegue.

La joven puso los brazos en jarras.

—Ahora comprendo por qué se ha hecho tan amigo de Devine.

—Parece que las noticias corren con mucha velocidad por este pueblo.

—Yo no lo conocía a usted ni a Devine, pero me han dicho a qué se dedica él y ahora usted me sale con su historia de los molinos de viento de los doscientos dólares anticipados.

—Se trata de una operación completamente legal, señorita Very.

—No crea que voy a picar en el anzuelo.

—Me decepciona usted, Virginia. De modo que no se fía usted de su prójimo.

—Hay muchas clases de prójimos, y el aspecto de usted no me gusta.

—A mí en cambio el suyo me gusta mucho.

Virginia apretó los labios con fuerza.

—¿No ha oído que estoy prometida a Fess Mac Nully?

—Sí, lo oí.

—Y por lo visto, para usted, eso no significa nada.

—Yo respeto la sagrada institución del matrimonio, señorita Very, pero todavía no está casada con él.

—A su modo, también es muy sincero, señor Madox.

—Sólo lo soy cuando vale la pena.

La joven fue a decir algo, pero en última instancia cerró la boca y dando media vuelta se metió en el almacén.

Madox la siguió con la mirada cuando de pronto oyó la voz de Geo Devine a su espalda.

—De conquista, ¿eh?

—¿Cómo han ido los negocios, Geo? —preguntó Madox al volverse.

—No me puedo quejar. Aunque el margen comercial es muy pequeño, he hecho un buen rendimiento porque la venta ha sido bastante respetable.

—Pensé que después de cada discurso saldría corriendo del pueblo.

—Es lo que acostumbro a hacer, pero en Crossland no me han dejado opción. Recuérdelo. El *sheriff* ha dicho que me tenía que quedar.

—Lo siento por usted. Le pueden hacer pasar un mal rato. Siempre hay tipos que por un dólar quieren comprar medio estado

de Missouri.

—Eso tiene gracia —rió Devine.

De pronto les llegó una voz desde un poco más arriba.

—¡Eh, usted, mercachifle! Prepárese porque a partir de ahora solo podrá beber leche si no se compra una dentadura postiza.

El autor de la amenaza avanzaba por la acera a grandes zancadas. Era un hombretón de casi dos metros.

Geo Devine pegó un salto y se puso detrás de Madox mientras gritaba:

—¿Qué es lo que le pasa a usted?

El hombretón se detuvo y metiendo la mano en el bolsillo sacó una cadena de color verdoso.

—Usted dijo que era de oro. Le he hecho la prueba del ácido y mire cómo se ha puesto de cardenillo.

—¿Para quién la compró? —preguntó Devine.

—Para mi novia. Dentro de cuatro días será su cumpleaños.

—Muy bien. Regálesela y dígale que ese color verde es la moda en Saint Louis.

—¡Maldita sea…! ¿Cree que mi novia es tonta…? Siempre me ha dicho que era un tacaño, y yo quería demostrarle que se equivocaba comprándole esta cadena de oro —el hombre la mostró en alto—. ¿Sabe lo que voy a hacer con ella? Liársela alrededor del cuello y luego apretarle hasta verle un palmó de lengua.

—No es necesario que usted y yo hablemos más. Después de todo puede regalarle la cadena a uno de sus hijos…

El hombre hizo un gesto de conformidad.

—Eso es lo que le salva —fue a dar media vuelta, pero, de pronto, se detuvo y sus ojos brillaron—. ¡Yo no tengo hijos! Ya le dije antes que Mary sólo era mi novia —empezó a escupir en las manos—. Cuando haya terminado con usted, no le van a quedar ganas de vender más cadenas de oro.

Madox intervino por primera vez en la cuestión.

—Tómeselo con calma, compadre. Según los médicos, cada día hay más tipos que se mueren de irritación. Están vivitos y coleando como usted y de pronto se excitan mucho y todo acabó.

—¿Ya acabó el sermón, reverendo?

—Desde luego.

—Entonces quítese de ahí y déjeme que atrape a ese ratón.

—No me voy a quitar. Y le voy a agregar otra cosa. Este hombre a quien usted ofende llamándole ratón, firmó un pacto conmigo. Si alguien le pega a él es como si me pegase a mí. Por si no lo sabe, se llama Pacto de Ayuda Mutua.

El grandullón hizo una mueca.

—Usted es un camelista, compadre, y apuesto a que es un cómplice de ese vendedor de chatarra… Ahora lo comprendo. Usted es el guardaespaldas que él tiene contratado para que le saque las castañas del fuego.

—No hay duda de eso, pero puede suponerlo.

—Muy bien —se escupió otra vez el grandullón en las manos—. Primero le daré una pasada a usted y, cuando le haya hecho crujir, los huesos, me ocuparé del ratón.

Diciendo esto se abalanzó sobre Madox, y Geo Devine pegó otro salto alejándose de Johnny.

Madox dio casi media vuelta burlando el puñetazo que le lanzara el gigante y luego replicó con una izquierda que tocó al otro en la oreja, enviándolo por el hueco de la puerta del almacén. Se apoyó en el marco y de esa forma evitó caer.

—No estuvo mal el truco —dijo, mirando a Madox—. Pero apuesto a que ahora le falla.

Se arrojó otra vez sobre el joven, quien lo esperó a pie firme estrellándole la zurda en el estómago.

El grandullón sé detuvo como si hubiese topado con una pared y empezó a desencajar los ojos y a abrir la boca. Madox se la cerró de un trallazo y ahora el tipo se coló como una exhalación por la puerta del negocio y un segundo después se oyó un gran estrépito.

—¡Dios mío! —Se oyó una voz en el interior—. ¡Me ha roto toda la cacharrería!

Geo Devine vio en la penumbra de la casa las botas del gigante que estaban apuntando al cielo, y eso quería decir que se encontraba en una posición completamente horizontal.

—Demonios, señor Madox —exclamó—. ¿Qué es lo que tomó de pequeño?

—Mi abuelo mezclaba en los biberones leche y *whisky* a partes iguales.

Virginia había aparecido en el umbral justamente cuando Madox estaba hablando y oyó aquellas palabras.

—¡Es usted un bruto, señor Madox! ¡Sólo va causando destrozos por todas partes que va! ¡Mire lo que acaba de hacer con el negocio de mi padre!

—¿Su qué…?

—Sí, mi padre… Mike Brook ha ido a caer justamente sobre un montón de objetos de alfarería. Y los daños superan a los diez dólares.

Madox se acarició el mentón.

—Lo siento mucho, pero no soy alfarero.

—Siga haciendo chistes, pero esta vez no le valdrá de nada. Presentaré una denuncia al *sheriff*.

—Oiga, señorita Very. Yo no empecé la pelea. Fue Mike Brook —señaló a Geo Devine—. Quería pegarle a mi amigo y usted convendrá que hay una gran diferencia de envergadura y de peso entre los dos. Yo no podía dejar que destrozase a Geo.

La joven miró alternativamente a los dos amigos.

—¡Son tal para cual! —exclamó, cada vez más furiosa—. ¿Qué han venido a hacer en Crossland? ¿Por qué no se largan?

—Eso es lo que yo quisiera —gimió Devine—. Pero, aunque usted no lo crea, el representante de la ley no nos deja…

—¡Son peor que la langosta!

—No tiene que preocuparse por los daños, señorita Very. Yo pago los diez dólares.

Devine sacó un fajo de billetes y contó unos cuantos que alargó a Virginia. Ésta vaciló unos instantes, pero finalmente aceptó el dinero.

—¿Ve usted? —sonrió Madox—. Ya está todo arreglado.

El grandullón, Mike Brook, apareció junto a la muchacha con los ojos parpadeantes mientras trataba de enfocar la imagen del hombre que lo había tumbado.

—¿Fue usted quien me golpeó o una mula?

—Lo siento, Mike —respondió Madox—. No quise hacerle daño, pero usted se empeñó en que las cosas fuesen a más.

Mike salió de la casa y Madox pensó que buscaría el desquite, pero en lugar de ello el hombretón sonrió.

—Oiga, muchacho, es la primera vez en mi vida que me dejan fuera de combate y siempre prometí que sería amigo del que lo lograse —hizo una pausa—: Y bueno, ahora no tengo más remedio

que cumplir mi palabra. Ésta es mi mano.

Johnny se la estrechó sonriendo y luego Mike dijo:

—Compañeros, les invito a un trago de *whisky*.

—Vayan al Saloon Pacific y espérenme.

Geo y Mike se marcharon por la acera y Johnny se acercó adonde estaba Virginia.

—¿Tendrá algún rato libre esta tarde, Virginia?

—No es necesario que usted y yo hablemos más: No me va a convencer para que le compre un molino de viento.

—No le he dicho que fuésemos a hablar acerca de los molinos de viento.

La joven se quedó en suspenso mirando la cara del forastero.

—¿Cuál sería el tema, señor Madox?

—Usted, y yo…

—Está errando, sus tiros, señor Madox —repuso la joven levantando altivamente la barbilla, y se introdujo en el local.

Madox, sin perder la sonrisa, echó a andar en seguimiento de sus amigos.

CAPÍTULO IX

Fess Mac Nully acompañó a Kendall Young hasta la puerta mientras le palmeaba la espalda.

—Ha hecho usted una buena compra, Young.

El granjero se volvió.

—Es usted muy duro, Mac Nully. Debió rebajar algo el precio, pero sabe aprovechar bien sus ocasiones y se ha dado cuenta de que ese terreno me interesa. Infiernos, tendré que trabajar durante tres años sin levantar la espalda para sacar partido de mi adquisición.

—Usted es fuerte y estoy seguro de que antes de ese plazo habrá arrancado a esa tierra docena de cosechas.

—Hasta la vista, Mac Nully. —Young dio un suspiro—. Ojalá no me arrepienta de lo que acabo de hacer.

Fess cerró la puerta y regresó a su mesa tras la que tomó asiento.

De su rostro había desaparecido poco a poco la sonrisa con que había obsequiado últimamente a su cliente, y ahora las comisuras de los labios se curvaron en un rictus de crueldad y sus ojos adquirieron un brillo extraño. Estaba pensando en John Madox. Maldito sea. Él tenía la solución de todo. Debía ser así.

De pronto llamaron a la puerta que había a la izquierda. Comunicaba con una escalera que daba al callejón.

—Adelante —dijo.

Entró en la estancia un individuo de unos treinta años de edad, muy alto, de cabello negro y nariz aguileña. Se cubría con una fúnebre indumentaria, y sus pistoleras estaban muy bajas.

Fess Mac Nully se echó hacia delante apoyando los brazos en la mesa.

—¿Qué me cuentas, Larry?

—Nada de nada. El dinero sigue sin aparecer.

Mac Nully pegó con el puño en la mesa.

—¿Por qué se dejaron atrapar en la cabaña esos imbéciles?

—Eran dos hombres y los pillaron de sorpresa.

—¡Al diablo con eso! Geo Devine debió esconderse en un rincón. Tus muchachos se debieron ocupar solamente de Madox.

—Son cosas que pasan.

—¿Por qué no estabas tú allí, Larry?

—Me demoré un poco y, cuando llegué, ya se había ventilado la partida.

—Claro que sí, te demoraste un poco porque tenías que ver a Coral White, esa *girl* que te ha vuelto loco.

—No mezcles a ella en esto.

—¿Por qué no he de mezclarla si es verdad? Si tú hubieses estado en la cabaña, todo hubiese sido distinto. Habrías hecho cantar a Madox.

—Insiste mucho en lo de Madox. ¿Por qué no ha podido ser Geo Devine?

—El dinero se lo ha quedado un tipo listo, y Madox reúne todas las condiciones.

En aquel momento se abrió la puerta por donde había entrado Larry, dando paso a Sam Kinross, el director del Banco Ganadero, quien quedó inmóvil mirando a los dos hombres que se encontraban allí.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó con voz temblorosa.

—No te preocupes, Sam —contestó Mac Nully—. Todo irá de primera dentro de muy poco.

—Eso quiere decir que no tenéis el dinero.

—No, no lo tenemos.

Kinross sacó un pañuelo del bolsillo y lo pasó por la sudorosa cara.

—Maldita sea —gimió—. Tú sabes en qué clase de lío estoy metido, Fess.

—Tómalo con calma, Sam.

—¡Y un cuerno me lo voy a tomar con tranquilidad! Accedí a que pegaseis el golpe de los cincuenta mil dólares porque me iban a corresponder quince mil. Es lo que tú dijiste, Fess.

—Yo cumpliré.

—¿De qué forma vas a cumplir si la bolsa se ha esfumado? —

Avanzó sobre la mesa apoyando las manos en el borde—. Va a ser mi ruina, Fess. La dirección del banco me suspenderá de empleo y sueldo. Luego iniciarán un expediente y finalmente me tirarán a la calle. ¿Te das cuenta? Si no aparece el botín, estoy irremisiblemente perdido.

—Tienes miedo, ¿eh, Sam?

—Hay un remedio para quitarlo. Me desaparecerá cuando me hayas entregado los quince mil dólares que acordamos. Luego, aunque me echen será lo mismo.

Fess se levantó lentamente, dio la vuelta a la mesa y de pronto alargó el brazo y atrapó a Sam por el cuello de la camisa. Sin concederse una pausa abofeteó con la zurda la cara del director del banco; una, dos, tres veces, la última con mucha violencia.

Kinross se fue contra la pared y allá quedó haciendo un gesto mezcla de sorpresa y dolor.

—Me has pegado, Fess.

—Sí, y te voy a arrancar la piel si no dejas de gimotear como un chiquillo.

Las lágrimas habían acudido a los ojos de Kinross, y se tuvo que morder el labio inferior para que no resbalasen por sus mejillas.

Mac Nully le apuntó con el dedo índice.

—Óyeme bien, Sam. Le estaba diciendo a Larry que sé quién tiene el dinero. Es John Madox, el tipo que nos presentó el *sheriff*.

—¿Cómo sabes que es él?

—Está tan claro como el agua. Jim, antes de morir estúpidamente en la cabaña, me visitó y contó una bonita historia. Él y Hugh, estaban esperando en el Paso del Diablo la llegada de Mark Jourdan para acabar con él. Lo hicieron a la perfección ayudándose con una roca, pero de pronto se dieron cuenta de que un tipo había visto cómo hacían el trabajo. Ése era Madox. Fueron a liquidarle, pero resultó que Madox se cargó a Hugh, y Jim cobró miedo y se largó. Todo eso es lo que me contó Jim. Lo demás lo he supuesto.

—¿Qué es lo demás? —preguntó Larry.

—Madox se puso a buscar a Mark Jourdan y lo encontró todavía vivo y entonces Mark, viéndose morir, le contó lo del asalto y lo de que él había sido encargado en un principio para recoger la bolsa por la ventana.

—Supongamos que no te equivocas —dijo Kinross—. ¿Por qué Madox llegó bajo la ventana antes que Lexington?

—Ésa fue la jugarreta que nos hizo Mark Jourdan antes de irse al otro mundo. Él sabía perfectamente que debía encontrarse bajo la ventana a las tres y dos minutos y, por lo tanto, que, aunque él había sido relevado por Lexington se mantendría la hora de la recogida del botín a través del hueco… Sólo tuvo que decirle a Madox que se pusiese bajo la ventana dos o tres minutos antes de la verdadera hora. ¿Está claro? Cuando Lexington llegó, Madox ya se había largado con la bolsa. Naturalmente, hubo una diferencia de unos segundos.

Sam Kinross ya se había repuesto y su rostro cobró más animación porque la historia que contaba Mac Nully le parecía muy razonable.

Larry rezongó:

—Todo el lío empezó a armarse cuando decidiste que Mark Jourdan no participase en el asalto.

Fess volvió bruscamente la cabeza hacia el pistolero.

—¿Tienes algo que objetar, Larry?

—Sólo me gustaría saber por qué rompiste con Jourdan.

—Está bien. Lo vais a saber. Fui a Grosvenor a preparar el golpe y al propio tiempo decidí permanecer allí hasta que todo hubiese quedado listo, con objeto de que no recayese ninguna sospecha sobre mí. Los muchachos estaban contentos porque la cosa se presentaba bajo los mejores auspicios, y de pronto surgió lo de Mark Jourdan —hizo una pausa—. Hace cosa de unos seis años la hermana de Mark tuvo que ver conmigo. La chica no estaba mal del todo y se empeñó en que yo fuese su marido… ¿A quién le amarga un dulce? Tuve relaciones con ella, pero no llegué a casarme. Yo por entonces tenía otro nombre, me llamaba Luke Larrat, y así era conocido por todo el mundo, incluida la propia Marga Jourdan. La chica se puso tan pesada que no tuve más remedio que plantarla, y entonces a la estúpida solo se le ocurrió suicidarse, pero antes de hacerlo escribió a su hermano Mark. Marga dio una descripción de mí y entonces el bueno de Jourdan se puso a buscarme para darme el pasaporte.

Mac sacó una pitillera del bolsillo de la que extrajo un cigarrillo que encendió. Después de arrojar una bocanada de humo dijo:

—Hace cosa de seis meses, conocí a Mark en el pueblo. No me dijo su apellido, pero se mostró como un tipo simpático. Yo no sabía entonces que me había echado el ojo porque mi aspecto correspondía a la descripción que le había hecho su hermana. Nos hicimos amigos y yo pensé que era un buen elemento para pegar el golpe. Mark me dio carrete hasta que estando en Grosvenor hace tres días, se presentó en mi habitación. Entonces me contó toda la historia. Tenía el revólver en la mano, con el que me iba a matar para vengar a su hermana, pero de pronto irrumpieron en la habitación Jim y Hugh. Mark volvió la cabeza y yo aproveché la oportunidad para sacar el revólver. Hice un disparo y Mark otro, pero ninguno de los dos dimos en el blanco. Yo no habría fallado de no ser porque Jourdan saltó hacia donde se encontraban Jim y Hugh, y temí pegar un balazo a los compañeros. Luego, Jourdan escapó de la habitación cerrando tras de sí. Hugh, Jim y yo salimos a buscarlo y lo vimos cabalgar como un demonio por la calle. Entonces me puse a pensar y llegué a la conclusión de que Mark podía estropearme la continuación, puesto que él era el tipo que tenía que recoger el botín y estaba al corriente del asalto. No me había podido matar, pero eso podía demorarlo. Lo más importante consistía en arruinarnos el plan. Entonces di orden a Jim y Hugh de que tirasen por el atajo del Desierto Pelado y se llegasen al Paso del Diablo. Si yo no me equivocaba, Mark Jourdan vendría aquí para soltarle el cuento al *sheriff*, y como veis, no me equivoqué. Naturalmente, contraté a otro individuo para que ocupase el lugar de Jourdan. Justamente me había encontrado en Grosvenor con un amigo. Alfred Lexington, un tipo de toda confianza con el que hice media docena de negocios en Dodge City hace cosa de siete años —guardó silencio para dar una chupada al cigarrillo—. Y el pobre Lexington ahora está muerto, aunque el *sheriff* y su pandilla no han podido identificarlo.

Larry hizo una señal de asentimiento.

—Yo opino lo mismo que tú, Fess. Tal como han ocurrido, las cosas, todo apunta a Madox. Es él quien tiene los cincuenta mil dólares.

—Demonios —exclamó Sam Kinross, sonriente—. Las cosas no están tan difíciles como yo creía. Si Madox tiene los cincuenta mil dólares, sólo consiste en hacérselos escupir.

Larry se tocó el revólver.

—Va a ser cosa mía.

—No, Larry —opuso Mac Nully—. Madox no es de esa clase de tipos. Si fuesen en su busca, estoy seguro de que él se decidirá por ventilar las cosas a tiros y eso es algo que no nos conviene. También estoy convencido de que tú posees más habilidad con el revólver que él, pero ¿de qué nos valdría muerto? Entonces nos quedaríamos irremisiblemente sin la pasta. Sólo tenemos un camino. Averiguar dónde ha escondido la bolsa.

—En tal caso, lo cazaremos. Conozco unos cuantos procedimientos para hacer confesar a un hombre lo que quiera.

Fess Mac Nully paseó por la estancia y finalmente se detuvo, observando a sus dos cómplices.

—Antes de darle tormento quiero emplear la astucia. Madox es un tipo demasiado duro y no estoy seguro de que con él resultasen tus procedimientos, Larry.

—Déjalo de mi cuenta, y ya te responderé.

—No, Larry. Todavía, no. Prefiero uno de mis trucos.

Sam Kinross enarcó las cejas.

—¿Qué truco, Fess?

—Me he dado cuenta de que Virginia no le es indiferente a Madox.

—¿Tu prometida…?

—Sí, Sam. Estoy dispuesto a jurar que Madox se ha enamorado de ella.

—Ésa es otra razón para que le saques los ojos —dijo Larry.

—Es lo que pienso hacer, sacárselos yo mismo por haberse fijado en ella, pero antes nos ha de entregar el botín.

—¿Qué se te ocurre, entonces? —preguntó Sam Kinross.

Mac Nully dio una chupada al cigarrillo y mientras dejaba escapar el humo por los agujeros de la nariz dijo:

—Ya os explicaré… Creo que no fallará.

CAPÍTULO X

Fess Mac Nully subió al porche de la casa de Virginia y descubrió a la joven sentada en una mecedora.

—Ya me tienes aquí, nena —dijo.

—Te lo tomaste con mucha calma.

El sol ya se había puesto y las primeras sombras de la noche se apoderaban lentamente de Crossland.

Fess se detuvo al lado de la mecedora y se agachó para besar a la muchacha, pero ella ladeó un poco la cara y de esa forma recibió el beso en la mejilla.

—¿Qué te pasa, ricura? —dijo él al enderezarse.

—Me tienes abandonada, Fess.

—Son los negocios, pequeña.

—¿No te parece que abusas demasiado de esa excusa?

—Te quiero dar una sorpresa. Realmente lo quería dejar para otro momento; pero, en vista de lo que dices, ahí va.

—¿Qué es, Fess?

—Muy pronto nos casaremos y abandonaremos este poblacho.

—¿Abandonar Crossland?

—Me imagino que preferirás una gran ciudad.

—Sinceramente, nunca he pensado en ello. Crossland es un pueblo que me gusta.

—Vamos, pequeña, no sabes lo que dices. ¿Qué clase de diversiones hay aquí? ¿Qué atractivos encuentras en ver todos los días las mismas caras?

—Son caras amigas, Fess.

—Cambiarás de opinión cuando estemos en San Francisco. Aquélla sí que es una ciudad.

—No te comprendo, Fess. ¿Acaso te van mal los asuntos?

—No, pequeña. Me han ido estupendamente hasta el punto de que tengo ahorrados unos cuatro mil dólares. No es mucho, pero muy pronto los doblaré.

—¿Cómo vas a ganar otros cuatro mil dólares?

—El Banco Ganadero ha ofrecido una recompensa de cinco a quien recupere el botín del asalto. He repartido ya esa cantidad, cuatro mil serán para nosotros y mil se los regalaremos a tu padre.

Virginia hizo un gesto de perplejidad.

—Hablas como si ya los tuvieras en la mano.

—Has empleado las palabras exactas, Virginia. Sé quién tiene el botín. Sólo me falta atraparlo.

—¿A quién te refieres, Fess?

—A John Madox.

—No puedes estar hablando en serio.

—Tienes ocurrencias muy graciosas, Virginia. Tú misma me diste la pista. Dijiste que John Madox se introdujo en tu campo y eso ocurrió justamente después del asalto; también señalaste que él huía de alguien dando a entender en mi presencia que era tu principal sospechoso.

—Creo que me precipité un poco.

—No, pequeña. Estuviste en lo cierto.

—¿Qué pruebas tienes?

—Madox es un forastero que apareció por aquí en el instante en que se pegaba el golpe. Él *sheriff* ha deducido que el botín fue arrojado por la ventana de la casa que hay al otro lado de la estación y, desde ese lugar, un hombre que se le ocurriese huir viéndose perseguido, sólo se le ocurriría hacerlo en la dirección de esta casa. Justamente por la parte de atrás, donde está tu sembrado.

Fess guardó un silencio mientras Virginia se entregaba a serias reflexiones.

—No encaja el tipo, Fess.

—¿Qué quieres decir?

—Que Madox no me parece un salteador.

Fess contuvo a duras penas la ira que le invadió súbitamente. ¿Qué le pasaba a su prometida? ¿Es que también ella se estaba enamorando de John Madox?

—Has corrido muy poco mundo, Virginia. Madox no es lo que tú crees. Admito que mirándole a la cara no se puede saber lo que

realmente es, pero eso ocurre siempre. A las personas hay que observarlas a fondo para saber a qué atenerse. A mí, Madox no me ha engañado. Es un tipejo indeseable, un forajido de la peor especie.

—Oh, no, Fess.

—Sí, pequeña. Ése es Madox.

—¿Cómo puedes acusar a un hombre de esa forma, sin pruebas?

Mac Nully sonrió.

—Las tienes a tu alcance, nena.

—No te comprendo.

—Me repugna decirlo, Virginia, pero se te ofrece la oportunidad de conocer a Madox y al propio tiempo de lograr para nosotros los cinco mil dólares de recompensa.

La joven abrió más los ojos.

—Dilo de una vez, Fess.

—Él se ha interesado por ti.

—¡Qué tontería!

—Seamos claros, Virginia. Tú le gustas a ese hombre, y en tales circunstancias estoy convencido de que te costaría muy poco trabajo conseguir que él te indicase dónde ha guardado los cincuenta mil dólares.

Virginia compuso una mueca de asombro.

—Consentirías eso, Fess. ¿Qué me dejase hacer el amor por Madox para lograr de él una confesión?

—Te he dicho antes que me repugnaba, y, por otra parte, te considero con suficiente juicio para no permitir que él se propase.

Las mejillas de la muchacha se colorearon.

—Yo no lo consiento a ningún precio, Fess. Ni siquiera a ti.

Él le tomó una mano sonriendo conciliadoramente.

—Eres maravillosa, Virginia. Lo sé desde el principio, desde aquel día en que te vi por primera vez… Entonces me dije que sólo tú podrías ser mi esposa y, poco a poco, conforme te fui conociendo, llegué a la conclusión de que me había quedado corto en mis apreciaciones. Por eso me duele pedirte que hagas esta clase de trabajo. Sé que es algo ruin, pero soy de los que opinan que el fin justifica los medios, y tú eres una mujer honesta, en la que yo tengo depositada toda mi confianza porque vas a ser la madre dermis hijos —hizo una pausa al comprender que se estaba poniendo

demasiado melodramático.

Ella aprovechó aquel momento para retirar la mano y entonces se puso en pie y caminó hasta el otro lado del porche.

Fess la miró un rato en silencio y luego acudió a su lado.

—Olvídalo todo, Virginia… Comprendo que no he debido decirte nada de esto. Después de todo, ¿qué nos importa a nosotros que Madox siga robando o asesinando por ahí…? Muy pronto se irá del pueblo con los cincuenta mil dólares y todo se habrá acabado. Sólo lo siento por Sam Kinross. Es un buen amigo y, naturalmente, lo despedirán de su cargo.

La joven se volvió bruscamente, mirándolo a la cara.

—Está bien. Lo haré.

—No, Virginia. Ya te he dicho que lo olvides.

—Pienso ahora en Sam Kinross… Ninguno de tus argumentos anteriores me había convencido.

Por primera vez en su vida decía una mentira, porque, si había tenido en cuenta a Kinross para tomar su decisión, también se mostraba muy interesada en saber si Madox era realmente el hombre que Fess había dicho.

Mac Nully dio un suspiro.

—Voy a pasar un infierno sabiendo que estás con ese individuo.

—No te preocupes. Tú lo dijiste antes. Soy una mujer honesta.

Fess chascó la lengua como si le costase mucho trabajo dar su aprobación.

—De acuerdo, Virginia. ¿Y cómo vas a conseguir que él se te acerque?

—No será difícil. Madox vendrá aquí.

—¿Cómo?

—Cuando tú te marchaste esta mañana, él me pidió una cita. Naturalmente, yo no se la concedí; pero me imagino que Madox no tardará en pasar frente a mi casa esperando encontrarme…

Fess meneó la cabeza.

—Admites que ese tipejo se ha interesado por ti.

La joven bajó la mirada al suelo, mirándose la punta de los zapatos.

—Creo que sí, Fess.

—Cuando te haya dicho lo del botín, me gustará enfrentarme con él cara a cara.

—Sería mejor que dejases ese trabajo a la justicia. Es un hombre fuerte, Fess. Dejó fuera de combate a Mike Brook y, por lo que me contaron, mató a unos cuantos hombres en el Monte de las Herraduras, aunque según el *sheriff* lo hizo en legítima defensa.

Fess Mac Nully sonrió.

—John Madox debe haber matado muchos hombres en legítima defensa. Es el cuento de siempre.

—Entonces, ¿cómo explicas lo de la cabaña?

—Es la mar de sencillo. Lo único que Madox hizo allí fue desembarazarse de sus cómplices. ¿Por qué iba a repartir los cincuenta mil dólares con ellos si era el único que conocía el lugar del escondrijo? —Fess se dio cuenta de que el argumento hacía mella en la joven y agregó—: Ahí tienes otra prueba de la crueldad de ese hombre.

La joven movió la cabeza con decisión.

—No hace falta que expliques más, Fess. Si Madox es el hombre que ha escondido la bolsa con los cincuenta mil dólares, lo sabremos muy pronto.

—Estoy orgulloso de ti, pequeña —dijo él y le rodeó la cintura con el brazo atrayéndola contra sí.

Pero otra vez la joven ladeó la cara y él se hubo de contener con darle el beso en la comisura de la boca.

Otra vez Fess se sintió presa de la indignación. ¿Qué le pasaba a Virginia? Bueno, no debía de preocuparse. Muy pronto él sería el dueño de los cincuenta mil dólares. Naturalmente, no pensaba entregárselos a Sam Kinross. Él y Virginia se largarían del pueblo, y si ella ofrecía alguna resistencia, ya sabría convencerla de buen grado o por fuerza.

—Dejaré correr unas cuantas horas, querida, y luego me dejaré caer por aquí.

—Sí, Fess.

—Hasta luego, nena.

Virginia vio salir a Mac Nully y entonces volvió a sentarse en la mecedora, sumergiéndose en profundos pensamientos.

CAPÍTULO XI

John Madox estaba tendido en la cama fumando un cigarrillo cuando, de pronto llamaron a la puerta de su habitación.

—¿Quién es?

—Geo Devine.

El joven se levantó e hizo girar la llave en la cerradura.

Devine se coló en la estancia.

—Oiga, Madox, acabo de ver unos tipos extraños abajo en el vestíbulo.

Johnny sonrió.

—Me imagino que todo el mundo le parecerá extraño.

—Tenían caras patibularias, sin afeitar, y les he visto las pistoleras muy bajas.

—Muy bien. Es posible que sean pistoleros y que estén aquí de paso.

—No me llega el agua al cuello y he adoptado una decisión. Me largaré esta noche de la ciudad.

—No se lo aconsejo, Geo. Si huye, el *sheriff* creerá que usted es su hombre y no tardará en darle alcance.

—He pensado largarme en la misma forma que llegué, en un tren ganadero. Me he enterado que saldrá un convoy esta madrugada a las tres. Francamente, preferiría la compañía de una estupenda señora a la de una vaca; pero, tal como están las cosas, no tengo opción. Sólo vine para darle un consejo. Véngase conmigo, Madox.

—No, Geo. Yo me quedo.

—¿Por qué no lo piensa mejor?

—Ya está decidido.

—Le comprendo. Se trata de la muchacha.

—Quizá haya un poco de eso.

—Confieso que tiene un buen palmito y una fachada de primera categoría, pero el mundo está lleno de mujeres hermosas.

—No se trata de eso, Geo. Es cierto que hay muchas mujeres hermosas, pero no todas ellas tienen clase y Virginia Very la tiene por arrobas.

—Bueno, ya sé que no lo voy a convencer…

Johnny miró la ventana.

—He estado esperando a que se hiciese de noche para darme una vuelta por los alrededores de su casa.

—Tenga cuidado, Madox.

Los dos hombres salieron juntos de la habitación y Geo Devine tendió su mano.

—Si no nos volvemos a ver, le deseo suerte.

—No se arrime demasiado a los cuernos.

Geo Devine se echó a reír mientras caminaba hacia su habitación.

John descubrió a los tipos a que se había referido Devine antes de bajar las escaleras. Estaban sentados en el diván circular que había en el centro del vestíbulo, alrededor de una columna. Efectivamente, ofrecían un aspecto indeseable. Uno de ellos leía un periódico atrasado y el otro se mordisqueaba las uñas.

De pronto el lector apartó los ojos de la página deteniéndolos en la figura de John que se había detenido.

El que se mordisqueaba las uñas también interrumpió su trabajo para observar al joven, quien finalmente recobró el movimiento caminando con paso muy lento hacia la salida del hotel.

—Oiga, Madox —oyó de pronto que lo llamaban.

Se detuvo nuevamente y giró mirando al tipo que le había llamado por su nombre, el que sostenía el diario.

—¿Nos conocemos?

—No, pero usted es un tipo famoso después de haberse cargado a media docena de fulanos.

—Muy bien. ¿Quiénes son ustedes?

—Mi amigo aquí presente es Lucky y yo soy Jack Keller.

—De acuerdo. Ya estamos presentados. ¿Qué es lo que quieren?

—Mi amigo Lucky y yo tenemos la costumbre de ofrecer nuestra ayuda a quien la necesita.

—¿Quién les ha dicho a ustedes que yo necesito de su ayuda?

—Llegamos al pueblo esta tarde y oímos unas cuantas cosas relacionadas con usted.

—Uno no debe fiarse de lo que le cuentan.

—También nos dijeron que usted está solo.

—Lo estoy.

—Y que hay en juego una cantidad muy bonita de dólares, cincuenta mil exactamente.

—¿Y qué más?

—Lucky y yo no somos ambiciosos. Nos contentaríamos con un pequeño pellizco.

—No hay nada que hacer.

—Dos mil para Lucky y otros tantos para mí.

—No hay negocio, Keller.

Keller sonrió otra vez.

—Es una lástima que pierda una ocasión tan favorable… Le hemos ofrecido precios de saldo.

—Ustedes se equivocaron de tipo. Ofrezcan sus revólveres a quien realmente está en un apuro.

Inmediatamente, Johnny dio media vuelta y abandonó el hotel.

Echó a andar por la acera de tablones.

De pronto, a su derecha, en la esquina de un callejón, brilló un cigarrillo en la oscuridad. Johnny se volvió rápidamente llevando la mano a la funda.

—No se asuste, Madox —dijo la voz del *sheriff*.

—¿Qué hace por aquí, autoridad?

—Tomo el fresco.

—Es lo que voy a hacer yo, pero aquí hay demasiada oscuridad para mí.

—¿Ya habló con los fulanos que lo esperaban en el hotel?

—Está usted en todo, Baxter.

—Es mi deber. Los contribuyentes me pagan para que no me pase nada desapercibido, especialmente cuando se han robado cincuenta mil dólares en el territorio de mi jurisdicción.

—Sí, *sheriff*, hablé con los fulanos, y me parecieron muy originales.

—¿Sí?

—Se empeñaron en que yo soy un tipo que necesita protección.

—Vaya, qué cosas se le ocurre a la gente.

—Es lo que yo digo. Deben estar completamente chiflados. —Johnny dio un suspiro—: Bueno, *sheriff*. Voy a continuar mi paseo.

El *sheriff* soltó un gruñido y Madox dio media vuelta y continuó su camino calle adelante.

Al cabo de unos minutos llegó a la casa de Virginia Very. Se detuvo ante la verja del jardín y miró hacia el porche, observándolo sumido en la oscuridad.

De pronto vio brillar algo en el rincón. Luego una mecedora gimió al ser impulsada.

Entonces Madox abrió la cancela y echó a andar por el camino de tierra.

—¿Quién va? —preguntó de pronto Virginia.

—Johnny Madox —contestó él sin detenerse.

Subió al porche y la vio sentada en la mecedora. Lo que había brillado era una pulsera que ella tenía en la muñeca. Ahora también le vio la cara y sus ojos le brillaban mucho en aquella negrura. La joven se cubría con una blusa de escote redondo que dejaba uno de sus hombros al descubierto.

—Creí que bromeaba usted cuando habló de charlar conmigo, señor Madox.

Johnny se sentó en la baranda cruzándose de brazos.

—Yo siempre hablo en serio, Virginia.

—¿Qué pasaría si ahora llegase por aquí Fess Mac Nully?

—Lo saludaría muy atentamente y me marcharía.

—¿Cree que él se iba a dar por satisfecho?

—¿Por qué no? A menos que usted le dijese que yo había intentado besarla.

Virginia sintió que una oleada de rubor le cubría la cara, y dio gracias al cielo porque la oscuridad la envolviese.

—Eso es absurdo. Yo no podría decir eso a Fess.

—Estupendo —dijo él y saltó de la baranda.

—¿Qué va a hacer, señor Madox?

Él se inclinó sobre ella con toda calma, le puso una mano en el hombro desnudo y la besó en la boca. No lo hizo con mucha fuerza, sino con toda naturalidad. Luego se irguió y quedó en pie allí mismo.

—¡Señor Madox! —dijo ella.

—Recuérdelo. No se lo dirá a Fess Mac Nully.

—¡Usted se refirió a que yo pudiese inventar tal excusa para provocar una pelea entre ustedes!

—Perdone, no la entendí bien.

—¡Pero me ha besado…! ¡Lo ha hecho!

—Lo deseaba desde que usted apareció ante mí dando rienda suelta a su mal genio.

—¡Es usted un… un aprovechado! ¡Eso es lo que es!

—¿Sabe lo que le digo? Me gustaría aprovecharme de usted toda la vida.

—¡Le prohíbo que me hable así!

—Muy bien. ¿Qué tema quiere que abordemos? ¿Las excelencias de su pueblo, señorita Very…? ¿Lo que dice la gente por ahí…?

—Yo tengo un tema más interesante.

—¿Cuál?

—El asalto.

—No me diga que le interesa una cosa tan prosaica.

—No es nada prosaico llevarse cincuenta mil dólares, dejando dos muertos tras de sí.

—Tiene razón, Virginia, pero creo que no es una conversación muy agradable.

—¿Por qué lo hizo, Johnny?

—¿Ve usted? Ya empezamos a entendernos. Me ha llamado Johnny.

—Le he hecho una pregunta.

—¿Por qué hice qué?

—No eluda la respuesta. Sabe a lo que me refiero, al asalto. Usted lo cometió.

—No.

La joven ladeó la cabeza mirándolo.

—Quiero confesarle una cosa, Johnny… Usted me gusta. Es casi vergonzoso, puesto que estoy prometida a Fess Mac Nully; pero usted mismo reconoció que yo soy una persona sincera.

Él se agachó otra vez sobre ella y le acarició la mejilla y una oreja.

Virginia tragó saliva. Sentía la proximidad de aquel hombre y lo deseaba y entonces se dijo que aquello era absurdo, completamente absurdo, porque ella se tenía que casar con Fess Mac Nully y

Johnny Madox sólo era un pistolero, un forajido de tres al cuarto.

Y de pronto se dio cuenta de que él la estaba besando otra vez y que ahora lo hacía con más fuerza porque con la otra mano le apretaba la espalda.

—Johnny —dijo ella.

—¿Qué, Virginia?

—No debes hacer esto.

—¿Por qué, si tú también lo quieres?

Virginia se mordió el labio inferior con fuerza. ¿Estaba realmente representando una comedia o, por el contrario, nada tenía razón y le gustaba tanto como a él aquella escena?

Apartó de su mente tales pensamientos.

—Tienes que decirme la verdad, Johnny.

—Sí, Virginia, te lo diré. Te quiero.

—Oh, no…

—Ha sido muy rápido, pero no por ello es menos cierto. Te he estado buscando toda la vida, Virginia.

—Continúa, Johnny, continúa.

—Eres para mí la única mujer…

—¿Es qué ha habido otras?

—Rubias, pelirrojas, morenas… Pero sólo tú me has llegado al corazón.

Él fue a besarla otra vez, pero de pronto ella se dio cuenta de que se había apartado mucho de su camino. Fess Mac Nully le había comisionado para realizar un trabajo. Debía descubrir el lugar donde John guardaba el botín. Sam Kinross se estaba jugando el cargo en el banco. ¡Y Johnny Madox era un pistolero, un asesino!

Le puso las manos en el pecho, apartándolo de sí.

—Si es verdad que me quieres, has de confiar en mí, John.

—Me parece justo.

—¿Dónde está el botín?

—Bien escondido.

La joven empezó a hacer un mohín de asombro.

—¿Lo escondiste… tú?

—Sí, ricura —sonrió él—. Y, al parecer, elegí un buen lugar, ya que nadie lo ha tocado desde que lo dejé allí.

Virginia sintió una gran congoja en el pecho. ¡Y ella había dejado que aquel hombre la besase! Deseó morirse, pero eso no

llegó a ocurrir y entonces pensó en echar a correr, en alejarse de Madox.

Se puso en pie y con voz temblorosa, dijo:

—¿Dónde lo tienes, Johnny?

Quería arrancarle la confesión cuanto antes. Luego, se lo diría a Mac Nully y trataría de olvidar lo más pronto posible a Madox.

—Muy cerca de la estación.

Ella pensó que ahora Madox le pediría que se marchase con él. Tenía cincuenta mil dólares y, con tanto dinero, ellos podrían ser muy felices en cualquier parte.

—Quiero pedirte un favor, Virginia —dijo él.

—¿El qué, Johnny? —preguntó mirándolo a la cara.

—Quiero traerte el dinero para que lo devuelvas al banco.

Virginia no quiso dar crédito a lo que oía.

—Repítelo, Johnny, por favor.

El joven sonrió.

—Quiero que los billetes vuelvan a sus dueños. Según tengo entendido, pertenecen al Banco Ganadero.

—Pero ¿por qué haces eso?

—Oye, no pretenderás convencerme de que debemos quedarnos con la plata… Me decepcionarías mucho, Virginia.

La muchacha se echó a reír, mientras se apretaba las sienes con la mano.

—Oh, Johnny, esto no puede estar ocurriendo, es un sueño…

—¿Por qué, Virginia?

—Ya te comprendo, Johnny, me quieres de verdad y estás arrepentido de lo que hiciste. Por eso quieres devolver lo que robaste.

—No, Virginia. Yo no robé nada. ¿Quieres conocer la historia completa?

—En estos instantes es lo que más deseo en el mundo.

Entonces Madox hizo un relato de todo lo que había sucedido desde que casualmente, en el Paso del Diablo, presenció el asesinato de un hombre.

Cuando hubo terminado, la joven permaneció inmóvil como hipnotizada.

—Bueno —dijo él—. Ahora ya lo sabes todo.

—¿Por qué no has devuelto el dinero antes, Johnny?

—La respuesta es sencilla. Yo estaba vigilado y no podía llegarme a por el dinero sin ir por la calle con la bolsa. De haberme sorprendido con ella, de nada habrían valido mis excusas. Por otra parte, quería descubrir al jefe de la pandilla de salteadores para entregarlo a las autoridades al mismo tiempo que el botín.

—¿No crees que ese hombre murió en la cabaña del Monte de las Herraduras?

—Me temo que no. Sigo pensando que el asalto fue idea de alguien que ocupa algún cargo de responsabilidad en Crossland, un tipo que sabe utilizar la inteligencia, aun cuando en este caso le fallase.

—¿Sospechas de alguna persona determinada?

Madox se pasó el dorso de la mano por la mejilla.

—Soy un forastero aquí y todavía conozco a muy poca gente, pero no pierdo las esperanzas de descubrir al cabecilla.

Se acercó más a ella y la tomó por un brazo.

Virginia sintió unos deseos enormes de colgarse del cuello de Madox para besarlo en la boca, pero una vez más recordó cuál era su situación.

—Johnny…

Él la besó en la frente y en la nariz.

—Oh, Johnny… ¿Es que no te das cuenta? Soy la novia de Fess Mac Nully.

—Hablaré con él.

—¿Y qué le vas a decir?

—Que no estás enamorada de él, que yo te quiero y que tú me correspondes.

—Oh, No…

—Mac Nully será comprensivo.

—Tengo miedo de sus arrebatos.

—Me parece un tipo muy tranquilo.

—Yo también creía que era así, pero en una ocasión fui a su despacho y lo sorprendí dirigiéndose a uno de sus empleados. Lo increpaba duramente. Fue una sorpresa para mí. Muchas veces lo he recordado, gritando… aquella manera, con los ojos desencajados, gritando…

—No te preocupes. Correré todos los riesgos… Ahora iré por el botín y lo traeré aquí. Mañana por la mañana llamarás al *sheriff* y se

lo entregarás para que lo restituya al banco.

—¿Y qué le digo respecto a ti?

—Nada. Inventarás una historia. Dirás que encontraste la bolsa en el jardín. Es posible que él no lo crea, pero para el caso da lo mismo.

—Sí, Johnny.

Virginia oyó sus pasos perderse en la distancia y alzó la mirada al cielo mirando las estrellas. Sus labios murmuraron una oración.

—¿Qué es lo que haces, dulzura? —dijo de pronto una voz.

Bajó los ojos deteniéndolos en la figura que había en el camino de arena bordeado de setos.

Era Fess Mac Nully.

CAPÍTULO XII

—Te has quedado sin habla, pequeña. ¿Ocurre algo malo? —dijo Fess subiendo al porche.

—No, Fess. Todo lo contrario.

—Entonces es algo bueno.

—Sí.

—¿Por qué te andas con tanto misterio, Virginia? ¿O es que me vas a decir que Johnny Madox no ha venido por aquí esta noche?

—Sí, ha venido…

—Menos mal. Yo mismo lo vi marchar hace unos instantes. Hubiera sido una mentira que no te hubiera valido.

Virginia sintió que la sangré le hervía en las venas.

—¿Por qué dices eso, Fess?

—Iremos por partes, ¿no te parece, Virginia?

—Muy bien, Fess.

—¿Ya sabes dónde está el botín?

—No.

—Vaya, tú le has dado dos besos sin recibir nada a cambio.

Los senos de la joven se agitaron.

—Ahora sé la verdad acerca de Madox.

—Ésa es una gran noticia.

—Él no es ningún salteador.

—Me dejas de una pieza, dulzura. Ahora resultará que Johnny Madox es un tipo la mar de entero, un hombre honrado a carta cabal.

—Lo es, Fess, a pesar de que él escondió el botín.

Mac Nully entrecerró los ojos.

—De modo que él mismo ha admitido que se quedó con la bolsa…

—Sí, pero todo fue producto del azar.

Mac Nully sonrió irónico.

—Bueno, pequeña, ¿dónde ha ido él ahora?

—A por los cincuenta mil dólares.

—¡Maldita sea, se va a largar con el dinero…! ¿Por qué no me lo dijiste antes? —Mac Nully dio unos pasos alejándose de ella.

—No hace falta que vayas, Fess. Madox va a venir aquí con la bolsa.

Mac Nully se detuvo volviendo la cabeza bruscamente.

—¿Aquí…? ¿Para qué, Virginia? —sonrió de pronto—. Ya te comprendo. Eres un sol. Lo has engañado. Le has dicho que te marcharías con él y que lo esperarías en tu casa para emprender la huida con los cincuenta mil dólares.

—Te equivocas, Fess. Madox viene aquí con la bolsa porque quiere que yo la devuelva.

—¿Qué es lo que dices?

—Yo debo entregarla al *sheriff* para que la restituya al banco. Te dije antes que la intervención de Madox fue completamente casual. Ahora lo vas a comprender —seguidamente la joven repitió a Fess la historia que había escuchado de labios de Madox.

Fess se echó a reír. Lo hizo con suavidad, cubriéndose la cara con las manos.

—¿De qué te ríes? —preguntó Virginia.

—Es la historia más fabulosa que he oído en mi vida.

—Pero es cierta.

—No digas tonterías. Madox ha demostrado ser mucho más listo de lo que yo creía. Sólo pretende pasar un rato contigo.

—No te comprendo.

—Es la mar de sencillo. Vendrá aquí con la bolsa porque quiere demostrarte, que no es ningún salteador y, naturalmente, piensa llegar un poco más lejos contigo.

—Es imposible que pienses así.

—Oye, te veo muy interesada en él. Sería también gracioso que, después de todo, te hubieses enamorado de un individuo de su clase.

Virginia llevó aire a sus pulmones.

—No puedo negarlo, Fess. Quiero a ese hombre.

En el porche se hizo un gran silencio.

Fess Mac Nully apretó los dientes con fuerza hasta hacerlos rechinar. De pronto alargó la mano y tomando a la joven por el brazo dio un tirón de ella y la atrajo hacia sí.

—¿Te has vuelto loca, Virginia?

—Ha sido algo que no he podido remediar.

—Siempre te he considerado distinta a las demás. Es imposible que ahora te conviertas en una mujerzuela.

—Tú eres el que no sabes lo que dices, Fess. ¿Cómo me puedes ofender de esa forma? Yo no te he engañado. Accedí a casarme contigo, pero jamás te dije que te quería. Ahora sé lo que es amor.

—Tú no sabes nada. Te ha engatusado ese tipejo.

—Te repito que Johnny Madox no es lo que tú crees.

—Él no significa nada para ti. Sólo te has dejado llevar de su presencia, de esa aureola de dureza que le envuelve, y eso, para vosotras las mujeres, resulta muy atractivo.

—No seas vulgar, Fess. Lo que yo siento por él es mucho, más profundo.

—¿Sí? ¿A cuánta profundidad está? ¿Dos metros…? ¿Seis…?

—¡Suéltame, Fess!

Fess Mac Nully comprendió que el haberse dejado llevar por la ira había sido un mal negocio para él, infiernos, ¿cómo no se había dado cuenta antes? Johnny Madox iba a llevar allí el dinero, los cincuenta mil dólares y, naturalmente, Virginia iba a ser la depositada del tesoro. Como era lógico, Johnny no pasaría allí la noche, sino que se marcharía al hotel. ¿Qué clase de estúpido era por no haberlo visto antes? Todo lo tenía a su favor.

Soltó a Virginia dando un suspiro.

—Lo siento, Virginia… No he sabido contenerme.

La joven no dijo nada, aunque se asombró un poco por el cambio repentino.

Fess se dijo que ahora le tocaba a él representar un papel en la comedia.

—Lo siento de verdad —repitió—. Tú no has tenido la culpa… Y, al fin y al cabo, lo que importa es tu felicidad. Sólo deseo que no te equivoques con respecto a Madox…

—Estoy seguro de que él es un hombre de bien.

—Correcto, Virginia. Creo que ya no queda nada que decir.

A Virginia tampoco le gustó el nuevo giro que había tomado la

conversación. Había algo extraño en aquella actitud de Fess, primero dando rienda suelta a su ira y ahora tan suave, tan comprensivo.

—Oh, Fess, no quisiera hacerte daño —le dijo.

Mac Nully sonrió.

—No te preocupes. Todas las cosas de este mundo tienen arreglo, te lo puedo asegurar.

Fess tendió su mano que ella le estrechó.

—Suerte, Virginia —dijo.

Ella no encontró palabras para despedirse y Mac Nully bajó seguidamente del porche y después de salir del jardín desapareció en la oscuridad de la calle.

Virginia sintió que el frío le congelaba los huesos y entonces se dio cuenta de que había estado sometida a una gran tensión durante los últimos minutos. Deseó que Johnny estuviese ya de regreso, pero tuvo que esperar más de quince minutos antes de que oyese pasos en el jardín.

Madox llegó a su lado y le alargó la gran bolsa de cuero.

—Anda, nena, no podemos estar aquí con el botín. Guárdelo dentro y sal después.

Virginia entró en la casa y al cabo de cinco minutos reapareció.

—Fess Mac Nully ha estado aquí, Johnny.

—Parece que se dio mucha prisa.

—Fess me sugirió que yo debía sonsacarte el lugar en donde habías escondido el dinero. Quería lograr la recompensa de los cinco mil dólares que ofrece el Banco Ganadero. Yo misma pensé en un principio que aceptaba este trabajo por hacer un favor a Kinross, pero no fue por esa razón, sino porque me permitiría estar a tu lado para convencerme de que no estaba equivocada y de que tú no tenías nada que ver con la pandilla de salteadores. Cuando te fuiste, vino él, y las cosas se desarrollaron de tal forma que ahora sabe la verdad.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Al principio muy mal, pero luego comprendió que todo había sobrevenido por sus pasos contados.

—Me parece raro, pero de todas formas celebro que no haya dado lugar a una escena dramática.

—Tengo miedo, Johnny.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Johnny la atrajo hacia sí.

—No tienes que preocuparte por nada. Ahora estoy a tu lado y te defenderé contra cualquier peligro —se rascó una patilla—. Quizá sería mejor que yo fuese a entregar el botín al *sheriff*.

—No, Johnny. Acertaste antes cuando dijiste que sólo creerían que eras uno de los salteadores y que sólo devuelves la plata porque te ves acosado, sin escape posible, y ahora has pensado en cobrar la recompensa de los cinco mil dólares.

—Está bien, nena. Dejaremos las cosas como estaban. Tú devolverás mañana al *sheriff* los cincuenta mil dólares.

Madox la besó en la boca y ella se dirigió a la puerta.

—Hasta mañana, Johnny. Voy a pensar mucho en ti.

—Y yo también, querida.

Virginia desapareció en la casa cerrando tras de sí, y entonces Johnny bajó del porche y poco después iniciaba el regreso al hotel.

CAPÍTULO XIII

Fess Mac Nully observó el rostro de Larry.

—No puedes fallar, muchacho.

—No te preocupes. Ya puedes considerar a Johnny Madox como hombre muerto.

—¿Cuántos hombres tienes fuera?

—Seis.

—Serán suficientes.

—Estoy pensando que sería mejor atrapar primero el botín.

—No, Larry. Lo primero es acabar con Madox. El botín lo tenemos seguro en casa de Virginia y ya has perdido demasiado tiempo. Ten en cuenta que Madox debe estar a caer en el hotel.

—Ahora mismo nos vamos para allá.

—En cuanto hayas llenado de plomo a Madox, quiero que vengas aquí para informarme.

—Así lo haré, Fess.

Mac Nully hizo un gesto afirmativo con la cabeza y seguidamente Larry salió de la estancia.

En la habitación contigua había seis hombres.

—El trabajo es en el hotel Corond, chicos —anunció Larry—. Hemos de liquidar a un tipo llamado Johnny Madox. Lo haremos en el vestíbulo.

Todos los fulanos hicieron gestos de asentimiento. Bajaron la escalera y ya en la calle echaron a andar hacia el hotel.

Larry abrió la puerta y se coló dentro seguido de sus pistoleros.

En el vestíbulo solo había tres hombres. Uno de ellos era el encargado del registro y los otros estaban sentados en el diván de la columna central.

Uno de ellos leía un periódico y el otro parecía dormir, inclinada

la cabeza sobre el pecho.

Larry caminó hacia el empleado, quien observaba al grupo con los ojos parpadeantes.

—Buenas noches, caballeros —dijo—. ¿Qué desean?

Larry se acodó en el mostrador.

—¿Sabe si está el señor Madox en su habitación?

—No, señor. Salió hace un rato, pero seguramente no tardará en volver. ¿Quiere dejar algún recado? Yo se lo daré en cuanto vuelva.

—No hace falta. Le esperaremos aquí mismo.

Larry volvió la cabeza mirando a sus hombres, los cuales comprendieron lo que de ellos se exigía. Dos de ellos se quedaron jumo a la puerta, otros dos fueron a sentarse en un diván del centro, tras de los que ya lo ocupaban, y los restantes se dejaron caer en sendos sillones.

Se oyeron pasos precipitados arriba, y Geo Devine bajó muy deprisa la escalera; pero de pronto se detuvo al contemplar el ejército que había abajo y su rostro empezó a palidecer. En su mano derecha portaba un maletín.

—Con su permiso —dijo, y fue a subir otra vez.

—Eh, tú espera —ordenó Larry.

Geo Metió la cabeza entre los hombros mientras se volvía.

—¿Es a mí? —preguntó, tocándose el pecho con el dedo índice.

—Ven aquí y no te hagas el tonto.

—No recuerdo haberle vendido ningún reloj de oro…

—Claro que no… ¿Crees que yo soy idiota? ¡Ven inmediatamente si no quieres que mis hombres te traigan en volandas!

El fulano que leía el periódico observó unos instantes a Larry, pero enseguida continuó la lectura como si el incidente careciese para él de la menor importancia. Su compañero seguía durmiendo y ahora soltaba suaves ronquidos.

Geo Devine terminó de bajar la escalera y se acercó adonde estaba Larry.

—¿Tú eres amigo de Johnny Madox?

—¿Es malo eso?

—Es la cosa más grave que le puede ocurrir a un tipo en Crossland.

—Infiernos, no me diga que Madox ha pescado el tifus.

—Va a pescar algo peor, y quizá te salpique a ti un poco.

Devine sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—¿Al decir salpicar se refiere a la sangre?

—O a los sesos.

Geo cerró los ojos sintiendo que sus piernas le flojeaban. Cuando los volvió a abrir, dijo:

—Adiós, compañero, y buena suerte. Acabo de recordar que debo reunirme con mi abuela el día de su cumpleaños.

—¡Quieto!

Geo había empezado a andar hacia la puerta y tuvo que detenerse.

—Oiga, ¿por qué no me deja que me vaya con las vacas?

—¿Cómo?

—Quiero decir que he de tomar el tren.

—Siéntate ahí en el diván del centro y no te muevas. No quiero que te pierdas un espectáculo.

—No me gusta el teatro. Le doy mi palabra de honor.

—Pero este número será especial y estoy seguro de que será de tu agrado. Siéntate de una vez antes de que te mande allá de un puñetazo.

Devine hizo una mueca compungida y fue al diván central, donde se sentó entre el lector del periódico y uno de los truhanes que comandaba Larry.

El empleado del registro, un tipo casi calvo, de ojos muy saltones, se había dado cuenta de lo que estaba ocurriendo y habló en voz alta.

—Caramba, ahora tengo seca la garganta. Me llegaré al *saloon* más cercano a por un vaso de *whisky*. Si mientras tanto viene algún viajero, díganle que vengo enseguida.

Larry dejó oír su voz amenazadora.

—De aquí nadie se mueve. ¿Lo oyó, Ojos de Búho? Quédese donde está y podrá contarlo.

El que sostenía el periódico con las dos manos miró a Larry, pero eso fue solo unos segundos.

El tiempo se desgranó lentamente.

De pronto las puertas de vaivén se abrieron, dando paso a Johnny Madox, quien quedó al pronto quieto, los brazos relajados, observando a los hombres que había en el vestíbulo.

Larry lo miró atentamente.

—¿Es usted John Madox?

—Lo soy.

—En tal caso, es usted la persona a quien le debo dar la noticia.

—¿De qué se trata?

—Usted se va a morir.

—Vaya —contestó Johnny—. Confieso que es algo realmente serio.

—Lo comprendo. Usted es tan joven, tan fuerte, y se nos va a ir.

—Lo que no comprendo es una cosa.

—¿Sí?

—Yo me encuentro perfectamente. Aún no hace dos meses que me hice visitar por un médico y me dijo que mi corazón y mis pulmones funcionaban perfectamente.

—Los doctores son terribles. No ven más allá de sus narices. Ellos le echan un vistazo a un individuo y dicen que está sano, pero no tienen en cuenta las enfermedades que pueden contraer más tarde.

—Celebro que sea usted un tipo tan entendido en medicina.

—Sí, señor, y estoy a su disposición para decirle de lo que va a morir.

—No se detenga por mí, amigo. Dígalo con palabras claras. He resistido todas las emociones.

—Va a morir usted achicharrado.

Hubo una pausa y luego Madox dijo:

—Se me ocurre una idea. En cuanto vea que se incendia una casa, me largaré a todo correr y hasta es posible que decida vivir al aire libre.

—No es esa clase de achicharramiento, Madox. Las llamas no tienen que ver con su final.

—¿Cuál va a ser la causa, entonces?

—Ciertos tipos lo van a coser con plomo. Sí, señor, plomo calentito.

—Demonios, eso debe doler mucho.

—Los que lo han probado aseguran que sí.

—Oiga, ¿y cómo sabe usted tantas cosas?

—Porque yo soy justamente el que manda el pelotón de ejecución que se lo va a cargar.

—Sí, y además de ser el jefe de la pandilla, es un tío muy hablador. —Johnny se rascó el cuello—. ¿Sabe una cosa? A los fulanos como usted se les va la fuerza por la boca.

Larry rió suavemente.

—He traído seis tipos conmigo, Madox. Y yo hago el séptimo. Usted no escapará, pero si tiene miedo a los disparos le puedo hacer una sugerencia.

—Hágala. No se la deje en el cuerpo. Dicen que es muy malo.

—Dé media vuelta y eche a correr. De esa forma recibirá los pildorazos por la espalda.

—¿Y qué clase de cosido me van a hacer?

—Desde la nuca hasta las nalgas. Es un trenzado especial que mis hombres y yo le dedicaremos con mucho gusto.

—Usted dice que ha traído seis hombres, pero yo veo aquí, a nueve descontando a usted y al empleado.

Entonces se movieron los dos tipos que había en la escalera y se levantaron los otros dos que estaban en los sillones.

El hombre que leía el periódico continuaba ensimismado con los ojos fijos en la página, como si estuviese sordo, y su compañero pegaba ahora grandes ronquidos. En cuanto a Geo Devine, apretaba contra su pecho la valija, muy atemorizado porque a su entender, tal como estaban desarrollándose los acontecimientos, él no saldría nunca vivo de Crossland.

Johnny Madox sacudió la cabeza.

—Son ustedes unos tipos mal educados. Van a hacer ruido con sus revólveres sin tener en cuenta a ese hombre que duerme en el diván. ¿Por qué no lo dejan para mañana?

Larry hizo un gesto negativo.

—No, compadre. La sentencia no puede ser aplazada. Pero tómeselo con paciencia. Usted ya dio mucha guerra en el mundo y apuesto a que los viejos de esta ciudad hablarán por mucho tiempo a sus nietos de un héroe llamado Madox que luchó contra un enjambre de enemigos.

—¿Y cuál es el final del cuento?

—El héroe acabó en el hoyo… ¡Ahora, chicos!

Los siete hombres que obedecían órdenes de Fess Mac Nully tiraron de los revólveres.

Pero el primero en desenfundar fue Johnny Madox, cuyo «Colt»

empezó a saltarle en la mano arrojando plomo.

Y entonces ocurrió lo inaudito. El tipo que leía el periódico se puso a disparar a través del papel contra los tipos que estaban en la escalera y el que estaba durmiendo se levantó de un salto con un revólver en la zurda y dirigió sus plomos contra los fulanos que estaban a su alrededor.

Geo Devine, gritó:

—¡Dios mío! —Y se hincó de rodillas hasta tocar la cabeza con el suelo.

Y allá permaneció como un penitente oyendo los estampidos que retumbaban en la sala y que habían convenido el vestíbulo del hotel en un infierno.

Johnny dirigió su primera bala contra Larry, y de pronto la cabeza de éste reventó.

Luego Madox desvió ligeramente unas pulgadas el revólver y uno de los tipos se estremeció al recibir su ración de plomo y otro que tenía al lado se dio cuenta bruscamente de que su estómago era demasiado estrecho para embalsar la cantidad de plomo que le estaba entrando por un agujero.

Todo cesó tan pronto como había empezado. Realmente el tiroteo duró diez segundos, al cabo de los cuales solamente permanecían en pie Johnny Madox y los dos fulanos que le habían, echado una mano en el último instante.

El encargado del hotel dejó aparecer su cabeza por detrás del mostrador y cuando vio los cadáveres que había en el suelo lanzó un grito y se desmayó.

Geo Devine levantó poco a poco los ojos y al ver a Johnny vivo pegó un salto.

—¡Bravo, Johnny! ¡Somos invencibles!

Johnny sonrió y se dirigió a los dos hombres que le habían ofrecido su ayuda a cambio de dos mil dólares por cabeza.

—¿Por qué lo hicieron, compañeros? No recuerdo que aceptase su oferta.

El que se había presentado como Jack Keller, repuso:

—Ya le advertí que era un precio de saldo.

—Les quedo muy agradecido por el detalle.

—Lucky Stan y yo no vivimos del agradecimiento. Necesitamos dólares.

—Lo siento, pero no les puedo pagar nada.

—Bromea usted.

—No, Keller. Me han ayudado a acabar con estos tipos y no les mentiría por nada del mundo.

—Sabemos que tiene cincuenta mil machacantes. Reserve una porción para nosotros y quedaremos a la par.

—Ya les dije que estaban ustedes mal informados. No tengo ningún dinero.

Jack Keller miró a su amigo.

—¿Qué opinas tú, Lucky?

—Este tipo no me la pega.

En aquel instante irrumpió el *sheriff* por la puerta. Se detuvo al ver los cuerpos que había tendidos en el suelo y miró a Johnny Madox con los ojos muy abiertos.

—¿Ha hecho usted sólo todo el estropicio?

—Esta vez no, *sheriff*. Dos tipos me arrimaron el hombro, Jack Keller y Lucky Stan. Ahí los tiene, pero le advierto que tanto ellos como yo matamos porque debimos matar.

Graham Baxter miró a los dos hombres a quienes John se refería.

—¿Han sacado algo en claro, muchachos?

—Todavía no —contestó Jack Keller—. Johnny Madox sigue siendo un tipo tozudo.

Johnny frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir esto, *sheriff*?

Baxter se volvió hacia el joven.

—Supongo que cambiará de idea acerca de su plan cuando le diga quiénes son realmente estos amigos. Sus nombres son los que usted conoce, Jack Keller y Lucky Stan, pero son dos agentes especiales del Gobierno de Houston adscritos al Servicio de Comisarias, un nuevo cuerpo que se creó hace seis meses.

Johnny se echó a reír mirando a Keller y Stan.

—Bueno, confieso que también me la pegaron a mí.

Los dos agentes también sonrieron, y Keller dijo:

—Tuvimos consideración con usted porque nos parecía extraño que fuese un salteador. Habíamos oído hablar de lo que hizo en un pueblo llamado Centerville hace cosa de dos meses: Aceptó el cargo de *sheriff* cuando nadie lo quería y limpió la ciudad de forajidos, y luego, cuando podía haberse quedado a disfrutar de su cargo y del

respeto de los ciudadanos, se largó sin despedirse.

—Soy un sentimental.

—Bien, Madox —dijo Keller—. ¿Va a contarnos todo lo ocurrido?

—Con mucho gusto. Ahora ya no tengo ninguna duda. Porque han de saber una cosa. Llegué a sospechar del *sheriff*.

Graham Baxter pegó un respingo.

—¿De mí?

—Sí. Yo no conocía a nadie en este pueblo. Cualquiera podía haber sido el jefe de la pandilla de atracadores, pero ya sé quién es: Fess Mac Nully.

—¿Cómo? —exclamó el de la placa, sorprendido—. Eso es imposible.

—Esta tarde vi a Larry y a dos de los hombres que han caído en el *saloon* Pacific, bebiendo *whisky* con Fess Mac Nully. El agente de Bienes Raíces hizo una señal a Larry y éste me observó unos segundos. Desde aquel momento supe que Mac Nully era el jefe.

—¿Por qué no me lo dijo entonces? —rezongó el *sheriff*.

—¿Qué iba a adelantar con eso? Mac Nully no tenía en su poder el botín. ¿Cómo íbamos a probar que él era el cabecilla?

—Tiene razón —repuso Jack Keller—. Pero ¿cómo lo va a probar ahora?

—Le he preparado una trampa a Mac Nully.

—¿Qué clase de trampa? —inquirió el *sheriff*.

—Le dejé el botín a la señorita Very. Fess lo sabe, de modo que esta misma noche él se dejará caer por la casa de Virginia.

CAPÍTULO XIV

Sam Kinross entró precipitadamente en el despacho de Fess utilizando la puerta que daba acceso al callejón.

Mac Nully estaba sentado tras la mesa y un minuto antes había escuchado los estampidos procedentes del hotel.

—Fess… ¿Has oído eso?

Mac Nully sonrió.

—Sí. Sam, y no debes preocuparte. Ya todo está claro. Vamos a tener los cincuenta mil dólares.

Mac Nully hizo una pausa y de pronto metió la mano en el cajón y la sacó armada con un revólver.

Kinross había quedado sorprendido al oír las palabras de Mac Nully; pero ahora, al ver el arma, su asombro fue mucho mayor.

—¿Qué vas a hacer, Fess?

—Sólo te necesitaba para saber cuándo mandaban el dinero y de qué forma lo podía conseguir. Ahora para mí, no tienes ningún valor.

Apretó el gatillo y Kinross recibió la bala en el centro del pecho y se desplomó hacia atrás, sobre la alfombra.

—¡Asesino…! —exclamó con voz agonizante.

Fess se puso en pie y dando la vuelta a la mesa se detuvo teniendo a los pies a Sam Kinross, el cual lo miraba con ojos agrandados.

—No me has dejado terminar, Fess.

—Te referiste a algunos disparos, pero yo sabía a qué se debían. Larry y sus muchachos han acabado con Johnny Madox.

—No, Fess. No ha ocurrido nada de eso… Ha sido Johnny Madox quien ha acabado con Larry y con todos los demás.

Los músculos faciales de Mac Nully se atirantaron, dando a su

cara un aspecto pétreo.

—Estás mintiendo… Quieres vengarte de mí porque te mueres.

—Es cierto que quiero vengarme de ti, maldito, pero lo que te he dicho de Madox es la verdad. Me asomé por la ventana del hotel y hasta oí un poco de la conversación. Larry y todos sus hombres quedaron tendidos en tierra… Sólo estaban vivos Johnny, el *sheriff* y otros dos hombres que han resultado ser agentes especiales de Houston.

—¡Falso!

Kinross sonrió a pesar del dolor que le corroía el pecho.

—Sí, Fess. Te van a dar tu merecido. Fui un loco al creerte… Supe que eras un ambicioso y, sin embargo, tuve la debilidad de unirme a ti… Pero ¿qué más da ya…? Tú te vas al infierno.

Fess apretó dos veces más el gatillo, acabando con la vida de Kinross.

Su cara se transfiguró, surcada por una mueca de ira.

Rápidamente fue hacia la mesa, abrió un cajón y extrajo de un arca un gran fajo de billetes que guardó en el bolsillo. También tomó otro revólver que se puso en el cinturón. Luego abandonó el despacho utilizando la escalera posterior y, siguiendo siempre por la parte trasera de las casas, llegó hasta la de Virginia.

Todo era silencio y tranquilidad. Saltó la verja del jardín y se acercó a la ventana que correspondía al dormitorio de Virginia. Tomó un pequeño guijarro y lo arrojó contra los cristales.

No tuvo que esperar mucho tiempo a que la ventana se abriese y arriba vio aparecer a la joven.

—¿Qué pasa, Fess?

—¡Date prisa, Virginia! ¡Johnny Madox ha sido herido!

—Oh —gimió la joven—. Cuando oí el tiroteo hace unos minutos tuve un mal presentimiento…

—¡Baja la bolsa! ¡Hemos de entregarla al *sheriff* para demostrar la inocencia de Madox!

—Sí, Fess.

Mac Nully subió al porche y sacó uno de los revólveres. Tuvo que esperar dos minutos antes de que ella apareciese vestida llevando la bolsa en la mano. La joven se detuvo de pronto al ver el arma que empuñaba Mac Nully.

—Guarda ese revólver y démonos prisa, Fess.

Mac Nully sonrió, exhibiendo su dentadura blanca y bien alineada.

—Ya acabó todo, nena. Yo soy el que gana.

—¿De qué hablas, Fess?

—Yo preparé el asalto, me llevo los cincuenta mil dólares y tú vas a formar parte de mi botín.

—¿Has perdido el juicio, Fess?

—Será mejor que te muestres dócil. Preparé dos caballos en el establo de Monroy. Iremos allá e iniciaremos el viaje.

—No iré contigo a ninguna parte.

—Soy capaz de levantarte la tapa de los sesos si te niegas. No te quedarás aquí para ser de Madox.

De pronto una voz llegó desde la oscuridad.

—¡Mac Nully!

Fess se volvió instintivamente apretando la culata del revólver, y allá en el sendero del jardín vio la figura de Madox, el cual tenía un revólver en la diestra.

—¡Tire esa arma, Fess!

—¡No, maldito seas! ¡Nadie acabó contigo, pero ahora lo haré yo!

Johnny apretó el gatillo y Mac Nully lanzó un grito dejando caer el arma, porque la bala le había atravesado la mano.

De esa forma quedó indefenso.

—¿Por qué no me mata, Madox?

—Ha asesinado unos cuantos hombres y debe responder por ellos. Yo no quiero ser su juez. Su vida pertenece al pueblo y el pueblo decidirá.

Tres hombres se movieron por detrás de Johnny Madox y se detuvieron ante el porche. Era el *sheriff* Baxter a quien flanqueaban Keller y Stan.

Keller subió arriba y desarmó a Mac Nully.

—Vamos, Fess. Le curaremos esa mano y lo dejaremos encerrado en una bonita celda.

Mac Nully inclinó la cabeza, derrotado, y echó, a andar entre los dos agentes especiales.

El *sheriff* se acercó a la joven. Entonces Virginia le entregó la bolsa y Graham Baxter guiñó un ojo, diciendo:

—El forastero se las supo arreglar bien. Sí, señor, nos ha

resultado un gran tipo.

El representante de la ley pasó junto a Madox, y, sin decir nada, siguió en pos de los hombres que le precedían en el camino a la oficina.

Johnny Madox subió al porche, deteniéndose al lado de Virginia.

Ambos se miraron a los ojos y de pronto ella dio rienda suelta a sus sentimientos y se colgó del cuello varonil. Entonces Johnny Madox, el hombre que había iniciado su gran aventura en el Paso del Diablo, besó los rojos labios femeninos.

FIN